

“LA VERDAD EN EL HOMBRE”

DISCURSO

LEÍDO EN LA

APERTURA ANUAL DE LOS ESTUDIOS

DE LA

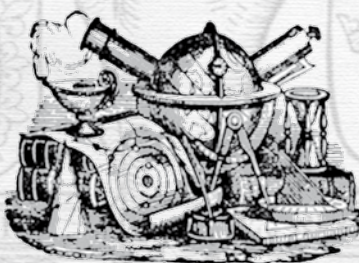
REAL Y PONTIFICIA
UNIVERSIDAD DE SANTO TOMÁS DE MANILA

EL DÍA 2 DE JULIO DE 1880

POR EL

R.P. FR. MATÍAS GÓMEZ ZAMORA
DEL ORDEN DE PREDICADORES

PROFESOR EN LA MISMA UNIVERSIDAD



(EDICIÓN OFICIAL)

MANILA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL COLEGIO DE STO. TOMÁS

A CARGO DE D. GERVASIO MEMIJE

1880

«Ipse (Deus) sapientiæ dux est.»SAP. c. 7. °, v. 15.

«Patio ejus est ipsa veritas.»—S. THOM.1.^a 2.^{ae}, 93, 1.°

«¡Qué sabemos nosotros, pobres gusanos, que nos arrastramos un momento sobre ese pequeño montón de polvo, que apellidamos globo de la tierra!» BALMES. *F. F.* 1. 8. ° c. 13

Excmo. Sr.:

Illmo. Claustro:

Señores: Un deber imperioso, y una obligación ineludible, pónenme en el duro trance de ocupar hoy esta tribuna, que ha sido honrada por tantos sabios.

No es para mí tarea grata pronunciar un *discurso de apertura de Estudios*. Causa en mi ánimo profunda impresión tener un público ilustrado, por auditorio; un colegio de sabios, por testigos; y un mundo culto y disputador, inexorable y severo en todos sus fallos.

Sin embargo, señores, puesto que estoy aquí, he de deciros algo; no por vía de enseñanza, no, que todos vosotros sabéis mucho; sino por cumplir vuestros deseos, y salir airoso de mi compromiso.

Pluguiera al Dador de toda luz enviarme un destello de su Espíritu, y amenizara yo este momento, cantando las maravillas de la creación, o abismándome en la virtud de la causa primera, o discurriendo con vosotros por la escala gradual de los seres.⁽¹⁾ Pero no ha de ser así. Quiero hablaros de cosas más sencillas. Deseo que todos me entiendan, ya que todos hacéis el sacrificio de escucharme.

Antes, empero, cumpliré con un deber reglamentario, exponiendo los progresos de esta Real y Pontificia Universidad.

Pláceme, en primer término, felicitar cuantos me escuchan, por el entusiasmo, y la pompa extraordinaria, con que se ha celebrado este año en Manila el festival de nuestro Patrono y Maestro, el glorioso y preclaro Santo Tomás de Aquino. Con motivo de la Encíclica *Æterni Patris*, emanada del Supremo Jefe del Catolicismo, Vicario de Jesucristo, Su Santidad León XIII, esta Real y Pontificia Universidad sintió conmoverse de entusiasmo; y su claustro ilustre, y la multitud considerable de alumnos que tienen asiento en sus aulas, esmeráronse a porfía en festejar al Doctor Angélico, y protestaron ante el país, y por medio de un mensaje de adhesión ante el

⁽¹⁾ Algo redundante aparece la expresión *escala gradual de los seres*. Pero en ciencias debe prevalecer el criterio de Cicerón, expresado en las palabras siguientes: «... istiusmodi res dicere ornate velle puerile est; plane autem et perspicue expediré posse, docti et intelligentis viri.» Citad. por el P. Zeferino González, en el prologo de la I. ^a edición de la *Fil. Elem.*

Jefe de la Cristiandad, que son fieles discípulos de Santo Tomás, y que fundan sus teorías científicas en la inmensa y fuerte base que el Doctor de Aquino asentó para la verdad. Con tal proceder, esta Universidad añade una página nueva y brillante a su gloriosa historia, y manifiesta al mundo científico que el sistema adoptado por este Ilmo. Claustro conduce al progreso verdadero, al progreso lento, pero seguro en la carrera de las ciencias.

Gran satisfacción debe ser la nuestra, señores, al ver que mientras en otros centros literarios se desmorona el edificio de la verdad, por falta de solidez y de firmeza en sus principales componentes, la Universidad de Filipinas, con los Colegios a ella anejos, se encuentra cada año más rica en ciencia, y en medios para proporcionar la verdad a esta juventud estudiosa, tan dócil a nuestros consejos, y tan ávida de escuchar nuestras lecciones.

Pruebas de todo esto son los brillantes exámenes que al terminar el curso de 1879 a 1880 se han verificado en esta Universidad y Colegios de su radio; las riquezas con que esta Universidad y el Ateneo Municipal van aumentando el caudal de materiales preciosos con que se adornan nuestros gabinetes de Física y nuestros museos de Historia natural; y la mejora y perfeccionamiento, que la carrera de Medicina ha tenido en el último curso, con la instalación de algunas asignaturas, para bien del país y más notorio esplendor de la ciencia.

Desde la oscuridad de mi pequeñez, e intérprete de los sentimientos del Claustro, elevo un voto de gracias a la Primera Autoridad de estas Islas, por el benéfico amparo que nos dispensa.

Y a mis compañeros en el Profesorado envío desde esta tribuna la más tierna y cariñosa felicitación por el brillante éxito que obtienen sus desvelos literarios.

Pagado este tributo al deber y a la cortesía, voy a entrar en materia; pero repito, señores, que pienso hablaros de cosas muy sencillas, porque tengo verdadero interés en que nos entendamos todos.

Quiero tratar del hombre y de sus relaciones con la verdad. Diré que *el hombre es imagen de Dios, y que esa imagen está en el entendimiento, asiento de la verdad, la cual viene de Dios*. Y a continuación expondré *qué opina sobre estas cosas la filosofía moderna anticristiana*. De modo que la idea capital de este discurso será: LA VERDAD EN EL HOMBRE.

Objeto, como veis, interesante; muy digno de ser tratado en este paraninfo, si bien por labios más autorizados que los míos, por ser asunto que tiene sus visos de trascendental, conforme al gusto de los filósofos modernos.⁽²⁾

⁽²⁾ Todos saben cuánto agrada a la filosofía moderna el término *trascendental*. Muchos escritores han llamado a la filosofía ciencia trascendental, ciencia universal, la ciencia de las ciencias. A propósito de esas denominaciones dice con gran tino el P. Zef. en su obra ya citada: «Quæ superbæ

I.

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios....— Todas las cosas fueron hechas por Él; y nada de lo que fue hecho se hizo sin Él....— Era la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo....».⁽³⁾

Acabáis de oír, señores, las palabras más sublimes que ha redactado la mano de un simple mortal.

Eleaos conmino, por un momento, sobre las más en cumbradas alturas, y sobre los poderes supremos del cielo, y sobre la criatura más perfecta de toda la creación, y amparaos humildes y descansad en la idea inmensa de Dios. En ese punto infinito pudo fijar su mirada un varón afortunado, cándido como una paloma, y auxiliado con luz especial.⁽⁴⁾ Nosotros, hombres de pupila débil, no podremos, claro está, resistir la viva fuerza de tan gran foco de luz; mas la vista de aquel hombre refleja rayos preciosos, que han de iluminar la senda⁽⁵⁾ por do tenemos que penetrar.

Entremos, señores, entremos en el santuario de la verdad. Pero entremos sin arrogancia y humildes, pronunciando con respeto el dicho de San Agustín: «Propúseme conocerte, Señor; y no me es posible, mientras tú no te manifiestes».⁽⁶⁾

Si os he de hablar con franqueza, casi casi me dan pavor aquellas palabras que el Sabio escribió en el Eclesiástico: «La raíz de la sabiduría, ¿a quién ha sido revelada? ¿y sus astucias quién las conoció?... La arena del mar, y las gotas de la lluvia, y la anchura de la tierra, y el profundo del abismo, ¿quién lo midió?».⁽⁷⁾ Pero me alientan y consuelan estas otras: «La fuente de la sabiduría es el Verbo de Dios en las alturas, y su entrada son los preceptos eternos ».⁽⁸⁾

No hay Dios sin Verbo.

Y el Verbo es luz: «luz verdadera que ilumina a todo Hombre.»

denominationes originem ducunt ex præpostera illa idea, quod ratio, nempe, humana, philosophia semel informata, absolutam adsequitur autonomiam, ita ut, neque rationi Dei, nec ordini supernaturali subesse indigeat aut teneatur, sed de omnibus autonomice pronuntiare, atque omnia superne dijudicare queat.» Prolegom.

⁽³⁾ S. JUAN EVANG. 1, I, 3, 9.

⁽⁴⁾ S. JUAN.

⁽⁵⁾ Ya se ve que hablo en sentido figurado e impropio. No se me oculta que el filósofo Empedocles sostuvo, al decir de Aristóteles y Alberto Magno, el error de que «la visión se verifica por medio de la luz, que, saliendo del ojo, ilumina los cuerpos.» Véase la *Hist. de la Filos.* del P. Z. GONZÁLEZ, t. I. ° pág. 181.

⁽⁶⁾ «Suscepi cognoscere te; et labore est ante me, donec aperies. » Conf. II. °, 22.

⁽⁷⁾ «Radix sapientiæ ¿cui revelata est? et astutias illius quis agnovit? » ECCLI. C. I. °, v. 6. — Arenam maris, et pluviae guttas, et dies saeculi, quis dinumeravit? Altitudinem cœli, et latitudinem terræ, et profundum abyssi quis dimensus est? » Ibid. v. 2.

⁽⁸⁾ «Fons sapientiæ Verbum Dei in excelsis, et ingressus illius mandata æterna.» Ibid. v. 5.

Y el Verbo es la verdad, porque «todas las cosas fueron hechas por Él; y nada de lo que fue hecho se hizo sin Él»⁽⁹⁾

Y nada pudo hacerse sin el Verbo, porque el Verbo era la palabra interior de Dios, era la sabiduría de Dios.⁽¹⁰⁾

Era además la imagen que Dios formó de sí mismo, cuando se conoció así mismo. Y, como imagen necesaria, era infinitamente perfecta; y, como perfecta en grado infinito, era igual a Dios, y era, por consiguiente, Dios.⁽¹¹⁾

Si, pues, el Verbo es la verdad, y el Verbo es Dios, Dios es la verdad.⁽¹²⁾

Y, efectivamente, señores, Dios es la Verdad: Verdad infinita, porque Dios es infinito; Verdad Primera, porque sin Dios no habría verdad.

Al llegar aquí, señores, hállome en la necesidad de rogaros me hagáis merced de toda vuestra atención. Vamos a tomar la clave de una porción de cuestiones, que, miradas desde esta altura, se muestran llenas de luz; y, vistas superficialmente o con criterio menos sublime, no presentan más que un laberinto impenetrable. En cambio de vuestra benevolencia, os prometo un lenguaje sencillo, y perfecta precisión de ideas. Y ¡cuán buenos sois, honrándome con vuestra presencia, y prestando vuestra

⁽⁹⁾ S. JUAN EVANG. C. I., v. 3.

⁽¹⁰⁾ «La Palabra era denota la eternidad del Verbo. – S. Agustin. » *Biblia* de Scio, nota I. ^a del I. ^{er} cap. del Evang. de S. Juan.

⁽¹¹⁾ «Prior omnium creata est sapientia, et intellectus prudentiæ ab ævo.» ECCLI. c. 1. ^o, v. 4.

⁽¹²⁾ «In Verbo importatur respectus ad creaturarn. Deus enim cognoscendo se, cognoscit omnem creaturam. Verbum igitur in mente conceptum est repræsentativum omnis ejus quod actu intelligitur. Unde in nobis sunt diversa verba, secundum diversa quæ intelligimus. Sed quia Deus uno actu et se et omnia intelligit, unicum Verbum ejus est expressivum, non solum Patris sed etiam creaturarum. Et sicut Dei scientia, Dei quidem est cognoscitiva tantum, creaturarum autem cognoscitiva et factiva; ita Verbum Dei, ejus quod in Deo Patre est, est expressivum tantum; creaturarum vero est expressivum, et operativum. Et propter hoc dicitur in Psalm. 32: Dixit, et facta sunt, quia importatur in Verbo ratio factiva eorum quæ Deus facit.» S. THOM. *Summ. Theol.* I. ^a part., q. 34. 3.

«Pater enim intelligendo se, et Filium, et Spiritum Sactum, et omnia alia quæ ejus scientia continentur, concipit Verbum, ut sic tota Trinitas Verbo dicatur, et tiam omnis creatura.» Ibid., art. I., ad 3.^m

«Quicumque autem intelligit, ex hoc ipso quod intelligit, procedit aliquid intra ipsum, good est conceptio rei intellectæ ex vi intellectiva proveniens, et ex ejus notitia procedens. Quam quidem conceptionem vox significat; et dicitur verbum cordis, significatum verbo vocis.» S. THOM., *Summ. Theol.*, I, p., q. 27, art. I.

«Circa verbum quodcumque duo possunt considerari, scilicet ipsum verbum, et ea quæ verbo exprimuntur. Verbum enim vocale est quiddam ab ore hominis prolatum; sed hoc verbo exprimuntur quæ verbis humanis significantur; et eadem ratio est de Verbo hominis mentali, quod nihil est aliud quam quiddam mente conceptum, quo homo exprimit mentaliter ea de quibus cogitat. Sic igitur in divinis ipsum Verbum, quod est conceptio paterni intellectus, personaliter dicitur; sed omnia, quæcumque sunt in scientia Patris, sive essentialia, sive personalia, sive etiam Dei opera, exprimuntur hoc Verbo, ut patet per Augustinum (De Trinit. lib. 15, cap. 14); et inter cætera quæ hoc Verbo exprimuntur, etiam ipsa lex æterna Verbo ipso exprimitur.» Ibid. 1. ^a 2. ^æ q. 9³, 1. ^o ad 2. ^m

atención a estos elevados asuntos! Muy bien dijo nuestro Balmes: «Todo lo que concentra al hombre, llamándole a elevada contemplación en el santuario de su alma, contribuye a engrandecerle, porque le despega de los objetos materiales, le recuerda su alto origen, y le anuncia su inmenso destino. En un siglo de metálico y de goces, en que todo parece encaminarse a no desarrollar las fuerzas del espíritu sino en cuanto pueden servir a regalar el cuerpo, conviene que se renueven esas grandes cuestiones, en que el entendimiento divaga con amplísima libertad por espacios sin fin».⁽¹³⁾

Nada hay, fuera de Dios, cuya existencia sea necesaria.

Entiéndese por ente necesario, el que existió, existe, y existirá, sin principio alguno y sin fin, sin límite de antes ni después, porque en absoluto no puede menos de existir.

Entiéndese por ente contingente el que, si existe, puede dejar de existir. Ente necesario no hay más que uno: Dios. Entes contingentes son tantos, cuantas son las cosas que existen fuera de Dios. Así que

Todo, fuera de Dios, es contingente.

En cuanto a seres corpóreos, bien lo sabe el naturalista juicioso y observador, que, solícito por descubrir el origen o principio anatómico de los cuerpos, se encuentra en el reino inorgánico con el átomo, y en el vegetal con el protoplasma informe, y en el animal con una membrana y un producto que aloja un núcleo que, a su vez, encierra núcleos más pequeños o nucleillos... !Qué necesidad absoluta han de incluir esos tan pobres y tan mezquinos principios! En esto como en todas las cosas, armonizan la ciencia y el sentido común. Preguntad a un rústico sencillo si es necesaria y absolutamente indispensable la existencia de las criaturas que mira a su alrededor, si no podrían desaparecer y ser sustituidas por otras, más o menos perfectas; y os responderá que en este mundo de abajo todo cambia y todo se muda; y lo que hoy nace, mañana desaparece, sin que apenas deje rastro por do pasó. Y si le hacéis reflexionar sobre el testimonio de su conciencia, os dirá también que él no ha existido siempre, y que le consta perfectamente que su vida data de poco tiempo atrás.

Eso, en cuanto a las cosas de este mundo sublunar y sensible.

Por lo que hace a las criaturas más perfectas, voy a demostraros en dos palabras que ninguna de ellas tiene la existencia por necesidad absoluta, y que todas ellas son contingentes.

Sólo es necesario lo que existe por sí, con independencia absoluta y completa de toda otra cosa. Lo que existe por sí, es ilimitado, porque no hay quien le ponga

⁽¹³⁾ *Filos. Fund.* lib. I. ° cap. I. °

límites. No se los ha de poner él mismo; porque, antes de ser, nadie puede obrar ni querer; y porque todos apetece la perfección y el ser. No se los ha de poner otra cosa, porque es independiente de todo... Por consiguiente el ser necesario, el que existe por sí, con independencia absoluta de todo, es ilimitado en su esencia e infinito. Ahora bien: no hay ninguna criatura cuya esencia sea ilimitada e infinita, porque eso sería una contradicción, como lo demuestra la metafísica y casi el sentido común; luego no hay ninguna criatura esencial y absolutamente necesaria. Resulta, pues, que sólo Dios es necesario; y todo fuera de Dios, es contingente.

Esta necesidad absoluta de Dios nos pone en posesión del origen de la verdad.

Hay verdad en el ser, verdad en el conocer, y verdad en el decir. La primera es la realidad misma de las cosas; la segunda, el conocimiento de esa realidad; la tercera, la expresión de ese conocimiento.

Llamando verdad real o trascendental a la primera, formal o de conocimiento a la segunda, y moral a la tercera, tenemos que la moral depende de la formal, y la formal de la real; y eso, con una dependencia tan absoluta y completa, que la moral es todo lo que es por la formal, y la formal por la real.

La premura de las circunstancias no me permite descender a particularidades; pero a todos se nos alcanza que en nuestras expresiones hay verdad, en cuanto manifestemos lo que hay en nuestro entendimiento; y en nuestro entendimiento hay verdad, en cuanto conoce las cosas tales cuales son en sí. Por consiguiente el tipo de esas dos verdades es la verdad real o trascendental. Y ésta, ¿de quién depende? la realidad de las cosas criadas, señores, ¿de quién depende? ¿dónde tienen su tipo?

Expuse antes, y lo he probado, que todas las cosas, fuera de Dios, son contingentes. Contingente significa una cosa que puede existir o dejar de existir, y que, por consiguiente, de suyo, *ex se*, está indiferente para existir o no existir. ¿Quién quitará a las cosas la indiferencia? ¿quién las hará existir? ¿ellas mismas?... ¡delirio! antes de existir son nada, y la nada nada hace. ¿Unas cosas a otras? y ¿quién quitará la indiferencia a las primeras? ¿Quién podrá robar al caos sus secretos, y a la nada su imperfección?

¿Quién hará el Arcturo, y el Orión, y las Hyadas, y lo más interior del Mediodía⁽¹⁴⁾; y será dueño de los cielos, y de la tierra con su redondez y cuanto en ella se contiene; y será el señor del día y de la noche; y nos dará la aurora y el sol, la primavera y las otras estaciones? ¿Quién será capaz de tornear el globo de la tierra, y trazar el círculo de los soles, de las estrellas, de los planetas; fabricar los cielos, lisos y consistentes como si fueran vaciados en bronce; esparcir la luz en su camino, repartir

⁽¹⁴⁾ La Sagrada Escritura canta a cada paso las maravillas del Omnipotente. Aquí se hace alusión principalmente a Job, los Salm., y los Proverb.

el calor sobre los cuerpos, y ordenar al Lucero y al Véspero que se levanten sobre los moradores de la tierra? ¿Quién suspenderá las nubes en lo alto, señalando las veredas que han de recorrer; y dará peso a los vientos, leyes a las lluvias; condensará las nubes en rocío, y con su soplo cuajará el hielo, y con su soplo lo volverá a convertir en grande abundancia de aguas?

Además: ¿quién sabe poner los cimientos de la tierra, trazar sus medidas, y colocar su piedra angular; y dará forma y belleza al globo de la tierra, asentando montes y collados, abriendo las fuentes y los arroyos, y señalando el cauce de los ríos? ¿Quién tiene poder para domeñar las iras del mar, amansando el movimiento de sus ondas, paseando lo más hondo del abismo, y plantando islas en el corazón mismo del océano, y secando, cuando ocurra, las corrientes de Ethan, para dar firmeza al mar, humillar al soberbio Faraón y esparcir como polvo su ejército?

¿Quién cazará la presa para la leona, y saciará el alma de sus cachorros; y tendrá preparado al cuervo su alimento, cuando sus polluelos clamen vagueando porque no tienen que comer; y dará docilidad al buey, fiereza y rebeldía al rinoceronte; y dará fortaleza al caballo, y henchirá de relincho su garganta?... Mirad al elefante!... «heno comerá como buey.»—Y, sin embargo, «sus huesos son como cañas de bronce, sus ternillas como planchas de hierro».⁽¹⁵⁾

«Todos los ríos entran en el mar, y el mar no rebosa: al lugar donde salen, tornan los ríos, para correr do nuevo».⁽¹⁶⁾

En fin, señores: «Cuando se derramaba el polvo sobre la tierra, y se iban uniendo los terrones,⁽¹⁷⁾ ¿quién subió al cielo y descendió? ¿quién contuvo el viento en sus manos? ¿quién recogió las aguas como en un vestido? ¿quién levantó los términos de la tierra? ¿Cuál es el nombre de Este, y cuál el nombre de su hijo?»⁽¹⁸⁾ ...

El Señor, Dios de los poderíos, que tiene la verdad a su alrededor; el que es dueño de abrir y cerrar las puertas de la vida, e hizo al pequeño y al grande, y tiene cuidado de todos; el que vive eternamente, y con su palabra puso en orden todas las cosas, y con su sabiduría las moldeó, dando a cada criatura peculiar naturaleza, atributos, propiedades, actividad y movimiento ¡Dios!!! ...⁽¹⁹⁾

Por eso Dios es lazo de toda verdad, y fuente de todos los seres.

Con asombroso tino y profunda exactitud escribió Santo Tomas lo siguiente:

⁽¹⁵⁾ JOB. XL, 10, 13. – Véanese además los cap. 38 y 39.

⁽¹⁶⁾ ECCL. I, 7. °

⁽¹⁷⁾ JOB. XXXVIII, 38.

⁽¹⁸⁾ PROVERB. XXX, 4.

⁽¹⁹⁾ «In iudicio Dei opera ejus ab initio, et ab institutione ipsorum distinxit partes illorum, et initia eorum in gentibus suis.» Eccli. XVI, 26. —«Deus est vita (hominis) effective et animæ per charitatem, et corporis per animam.» S. THOM. *Sum. Theolog.* 2.ª 2.ª q. 23, 2.ª ad 2.ª m

«Dios conoce perfectamente su esencia, así es que la conoce de todos los modos que es cognoscible. La esencia de Dios puede ser conocida, no sólo en cuanto es en sí, sino en cuanto es participable por las criaturas según algún modo de semejanza. Cada una de las criaturas tiene especie propia (determinada esencia, naturaleza propia), en cuanto participa de alguna manera la semejanza de la esencia divina. Y así, en cuanto Dios conoce su esencia como imitable de tal modo por tal criatura, la conoce como razón propia e idea (tipo) de esa criatura».⁽²⁰⁾

Y como es propio de agentes intelectuales obrar al tenor de sus ideas, Dios, agente primero, y hacedor universal y perfectísimo, pone en las criaturas una realidad correspondiente a la idea que de ellas hay en la mente divina.⁽²¹⁾

Felicitémonos, señores, por el hallazgo del camino de la verdad. Hemos dado con el sendero misterioso, que atraviesa tantos panoramas encantadores y tantas perspectivas embelesantes. Ya no es para nosotros un logogrifo, que da tormento y angustia, el origen, el principio, la norma de la verdad. Tenemos en nuestras manos la llave preciosa, la única llave que abre las puertas eternas de ese santuario, en que se recrean todos los entendimientos, y se extasían los genios; de esa morada, en que vive Dios, que habitan los ángeles, y que encierra los tipos de todas las cosas creadas.

«Si Dios no existiera, decía Voltaire con repugnante exactitud, sería preciso inventarlo.» «Sólo un frenético, dijo en otra ocasión, puede afirmar que el reloj no supone relojero, y que el mundo no pruebe la existencia de Dios.» — Citad. por el P. Félix, confer. 1865. 3.º, par. 1.º

«Cada ser viviente, ha dicho un sabio, es un libro abierto, en que todo hombre vulgar o ilustre, puede leer la belleza, la sabiduría y el poder de Dios».⁽²²⁾

⁽²⁰⁾ «Ipse (Deus) essentiam suam perfecte cognoscit: unde cognoscit eam secundum omnem modum quo cognoscibilis est. Potest autem cognosci, non solum secundum quod in se est, sed secundum quod est participabilis secundum aliquem modum similitudinis a creaturis. Unaquæque plique autem creatura habet propriam speciem (determinatam essentiam, ac proinde rationem entis), secundum quod aliquo modo participat divinæ essentiae similitudinem. Sic igitur, in quantum Deus cognoscit suam essentiam, ut sic imitabilem a tali creatura, cognoscit eam ut propriam rationem et ideam hujus creaturæ; et similiter de aliis.» *Sum. Theol.* 1.º part., q. 15, 2.º

⁽²¹⁾ «Essentia sua est idea rerum, non quidem ut essentia, sed ut est intellecta: res autem creatæ non perfecte imitantur divinam essentiam; unde essentia non accipitur absolute ab intellectu divino ut idea rerum, sed cum proportionem creaturæ fiendæ ad ipsam divinam essentiam. Et ideo ipsa divina essentia, cointellectis diversis proportionibus rerum ad eam, est idea uniuscujusque rei. Unde cum sint diversæ rerum proportionem, necesse est esse plures ideas: et est quidem una (idea) omnium (rerum) ex parte essentiae (divinæ); sed pluralitas invenitur ex parte diversarum proportionum creaturarum ad ipsam.» S. THOM. QQ. Disp. De Verit. q. 3.º, art. 2.º

«Potentia autem in habentibus intellectum non operatur nisi secundum voluntatem et cognitionem. Et ideo omnipotentia Dei includit quodammodo omnium scientiam et providentiam.» S. THOM. *Sum. Theol.* 2.º a 2.º, q. 1.º, 8.º, ad 2.º^m

⁽²²⁾ P. FÉLIX. *Conferencias.* 1865, 3.º párraf. 3.º

Y Debreyne ha dicho: «Hasta en la fibra más insignificante del organismo humano brilla la sabiduría más sublime.»

Dios es la plenitud de la sabiduría, la plenitud de la verdad: es por consiguiente la primera verdad; porque en el orden de perfecciones y de agentes, el más perfecto de todos, el que da la realidad y la virtud a todos, tiene que ser por necesidad el primero de todos.⁽²³⁾

La esencia de Dios es la primera verdad real, o *in essendo*; la sabiduría o conocimiento de Dios es la primera verdad formal, o *in cognoscendo*; la veracidad divina es la primera verdad moral, o *in dicendo*. Dios, pues, por el triple aspecto de la verdad, es la primera verdad. Y repito, señores, palabras de antes: Verdad infinita, porque Dios es infinito; Verdad primera, porque sin Dios no habría verdad.

En resumen, y más claro. La verdad real es la conformidad de las cosas criadas con el entendimiento divino; la verdad formal es la conformidad del entendimiento del hombre, o del entendimiento del ángel, con la realidad de las cosas; la verdad moral es la conformidad del lenguaje o signos externos con la verdad del entendimiento. Por tanto, la verdad en el entendimiento del hombre y en el lenguaje del hombre viene de su conformidad con la realidad de las cosas, o sea con la verdad real. Esta verdad de las cosas viene de la conformidad que tienen con la idea que les corresponde en Dios. Resulta, pues, claro a todas luces que Dios es el origen y tipo de toda verdad; la Primera Verdad.... !Verdad infinita!... Sin Dios no habría verdad!!!

Esta es la ocasión de exclamar con Fenelon: «¡Oh Ser! ¡oh Ser ! Vuestra Eternidad, que no es más que vuestro Ser mismo, me asombra, pero me consuela; yo me hallo delante de Vos, como si no fuese; me abismo en vuestra infinitad. Lejos de medir vuestra permanencia con relación a mi inestabilidad continua, comienzo a perderme de vista a mí propio, a no hallarme, y a no ver en todo sino *al que es*, sino a Vos mismo».⁽²⁴⁾

Siendo Dios el Primer Ser y la plenitud del ser, es la Primera verdad real, o *in essendo*; y siendo la sabiduría de Dios infinita, porque en Dios todo es infinito, es la Primera verdad formal, o de entendimiento, o *in cognoscendo*. Esto no ofrece ninguna dificultad, dado el anterior razonamiento, y la esclarecida ilustración de este respetabilísimo auditorio.

⁽²³⁾ «Duplex est ordo: unus quidem secundum viam generationis et naturæ, secundum quem perfectum prius est perfectio; alius ordo est perfectionis et formæ, secundum quem perfectum naturaliter prius est imperfecto.» S. THOM. 2.^a 2.^æ, q. 17.^a, 8.^o — «Secundum ordinem causæ agentis, naturaliter prius est quod est perfectius; et sic natura a perfectis sumit exordium, quia imperfecta non ducuntur ad perfectionem, nisi per aliqua perfecta præexistentia.» Ibid. q. 1.^a, 7.^o, ad 3.^m — «Dicimur boni bonitate, quæ est Deus, et sapientes sapientia quæ est Deus; quia bonitas, qua formaliter boni sumus, est participatio quædam divinæ bonitatis; et sapientia, qua formaliter sapientes sumus, est participatio quædam divinæ sapientie.» Ibid. q. 23, 2.^o, ad 1.^m

⁽²⁴⁾ *Tratado de la existencia de Dios*. 2.^a part. art. 3.^o Citado por BALMES, *Fil. Fund.* not. sobre el lib. 7.^o, cap. 4.^o

Asimismo aparece ya demostrado de un modo fehaciente y preciso que las cosas toman su verdad del tipo que tienen en Dios; y que nuestro entendimiento recibe su verdad de la verdad real o de las cosas.

Pero quedan todavía por discutir dos puntos interesantes. Es el primero: ¿por qué, y cómo es Dios la primera veracidad, la primera verdad moral, la primera verdad *in dicendo*? Y segundo: ¿cómo llega el hombre a conseguir la verdad, o sea conformarse con la realidad de las cosas?

Puntos, que coinciden en uno. Porque si Dios habla, ha de conformarse con la verdad de su entendimiento y con la verdad de su esencia, que encierra el ideal de las cosas. Y si habla, ha de ser a quien le entienda, esto es, a quien sea capaz de conocer la verdad, a saber, los ángeles y el hombre. Para nosotros queda, pues, reducida la cuestión a lo siguiente: ¿Cómo habla Dios al hombre? ¿Cómo le manifiesta la verdad? ¿Cómo escucha el hombre a Dios? ¿Cómo llega el hombre hasta la verdad de las cosas?

¡Oh Dios de mis padres, exclama el sabio rey Salomón, que hiciste todas las cosas por medio de tu Verbo o Palabra, que es tu Hijo; « y con tu Sabiduría estableciste al hombre, para que dominase a las criaturas que fueron hechas por ti... y pronunciase juicio con rectitud de corazón: dame la sabiduría que asiste a tu trono!... Envíala de tus santos cielos, y del trono de tu grandeza, para que esté conmigo, y conmigo trabaje.... Porque ella sabe todas las cosas, y las entiende, y me guiará.... Porque los pensamientos de los hombres son tímidos, e inciertas nuestras providencias. Porque el cuerpo corruptible apesga al alma, y la habitación terrestre abate la mente. ».⁽²⁵⁾

Ved, señores, el medio de que se vale Dios para hablar al hombre; el medio que pone al hombre en contacto con la verdad: la mente, como dice Salomón, el entendimiento, la razón.

La mente es luz, que brilla en nuestra alma, como el lucero de la mañana en medio de la niebla; o como la luna llena en sus días; o como el resplandor del sol; o como el arco que reluce entre las nubes.⁽²⁶⁾

Es como flor de rosas en días de primavera; como lirio puesto a la corriente del agua; y como incienso que da fragancia en tiempo del estío.⁽²⁷⁾

Es como llama luciente; como olivo que brota; y como ciprés que se levanta en alto.⁽²⁸⁾

⁽²⁵⁾ SAP. C. 9. °

⁽²⁶⁾ ECCLI., cap. 50, v. 6, 7, 8.

⁽²⁷⁾ Ibid. v. 8.

⁽²⁸⁾ ECCLI., cap. 50, v. 9, 11.

Es una luz, que sigue las huellas de la luz de Dios.⁽²⁹⁾ Y nos lleva al conocimiento de Dios, y a verle aunque de lejos.⁽³⁰⁾ Es la lumbre del rostro de Dios, que nos enseña el camino de la verdad.⁽³¹⁾ Es, señores, el ojo de Dios, puesto sobre nuestro corazón, para mostrarnos las grandezas de las obras divinas.⁽³²⁾

Es el carácter distintivo, que nos eleva sobre los animales de la tierra, y sobre las aves del aire.⁽³³⁾

Es luz que nos da ciencia para honrar a Dios, según sus maravillas. Nos proporciona la ciencia de las cosas; y nos enseña la disposición del mundo; y las virtudes de los elementos; el principio, y el remate, y el medio de los tiempos; el curso del año; y las disposiciones de las estrellas; las naturalezas de los animales; y las iras de las bestias; y la fuerza de los vientos, las diferencias de las matas, y las virtudes de las raíces.⁽³⁴⁾

«Espíritu de inteligencia... puro, sutil. Es resplandor de la luz eterna,... e *imagen* de su bondad».⁽³⁵⁾

Esa perfección, y claro está que ninguna otra, hace al hombre imagen y gloria de Dios, como llamó al hombre el Doctor de los gentiles.⁽³⁶⁾ Y por esa perfección, y claro está que por ninguna otra, dijo Moisés: «Todo el que derramare sangre humana, será derramada su sangre, porque a imagen de Dios es hecho el hombre».⁽³⁷⁾ «En el día que Dios crió al hombre, a semejanza de Dios lo hizo».⁽³⁸⁾ «Dios crió al hombre de la tierra, y lo hizo según su imagen»⁽³⁹⁾.... «Y dijo... tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo,... y sobre toda la tierra».⁽⁴⁰⁾ «Este dominio que se dió al hombre, fue como el *distintivo* de su nobleza y dignidad. Y hubiera sido absoluto y perfecto, si obediente a las órdenes de Dios, hubiera permanecido en su primera inocencia».⁽⁴¹⁾

Además: es una verdad indudable, y atestiguada por el sentido común, la

⁽²⁹⁾ Ibid., v. 31.

⁽³⁰⁾ JOB. C. 36, v.25.

⁽³¹⁾ SALM. 88, v. 16.

⁽³²⁾ «Posuit oculum suum super corda illorum, ostendere illis magnolia operum suorum.» ECCLI. C. 17 v. 7.

⁽³³⁾ JOB. C. 35, v. 11.

⁽³⁴⁾ ECCLI. C. 38, v. 6. – SAP. C. 7. °, v. 17, 18, 19, 20.

⁽³⁵⁾ SAP. 7. ° v. 22, 23, 26. «Todo lo que aquí se dice de la sabiduría, se halla en la increada por esencia, y en la criada por participación de aquella.» Nota del P. Scio al v. 22, del cap. 7. ° de *La Sabiduría*.

⁽³⁶⁾ «Imago et Gloria Dei est.» S. Pablo 1. ª ad Chorointh. XI, 7.

⁽³⁷⁾ GENES. IX, 6.

⁽³⁸⁾ Idem. V, 1. °

⁽³⁹⁾ ECCLI. XVII, 1. °

⁽⁴⁰⁾ GENES. 1, 26.

⁽⁴¹⁾ Nota del P. Scio, al v. 26 del cap. 1. ° del *Génes*.

comunicación, relaciones y sociedad del hombre con Dios, autor de nuestro ser con toda su perfección, facultades y potencias, y término al cual se dirigen los suspiros de nuestra alma, y los movimientos más nobles de nuestro corazón.

Al despedirse Jesucristo de sus discípulos, levantando los ojos al Eterno Padre, exclamó: «Santifícalos con tu verdad. Tu palabra es la verdad. Como tú me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo... No ruego tan solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos: Para que sean todos una cosa, así como tú, Padre, en mí, y yo en tí, que también sean ellos una cosa en nosotros... Yo en ellos, y tú en mí...»⁽⁴²⁾

Ciudadanos somos del cielo, señores, por los méritos de Jesucristo y por la gloria que Él nos proporcionó: «Yo les he dado la gloria que tú me diste: para que sean una cosa, como también nosotros somos una cosa».⁽⁴³⁾

Eso mismo indicaba el Salmista, cuando decía: «Participante soy yo de todos los que te temen: y de los que guardan tus mandamientos.»⁽⁴⁴⁾

«Los hombres más grandes han sido religiosos, y no es de extrañar, dice Balmes: en el mundo físico como en el moral se encuentra tanto grandor, tan augustas sombras, tanto manantial de elevados pensamientos, de inspiraciones sublimes, que el alma se siente profundamente conmovida, y descubre por todas partes una especie de solemnidad religiosa. La claridad es la excepción, el misterio es la regla; la pequeñez está en alguna que otra apariencia; en el fondo de las cosas hay un grandor que excede toda ponderación. Ese grandor, ese misterio, no los sentimos porque no meditamos».⁽⁴⁵⁾

El simple tocar de las campanas hacía exclamar a un famoso escritor: «¿Qué corazón habrá tan insensible que no se haya conmovido al ruido de las campanas de su lugar; de aquellas campanas, cuya alegría embelesó su cuna, que anunciaron su venida al mundo, indicaron el primer latido de su corazón, y publicaron en todos los alrededores la santa alegría de su padre, y los dolores y gozos aun más inefables de su madre? Todo se halla en los hechiceros recuerdos que suministra el sonido de la campana: filosofía, piedad, ternura, la cuna y la tumba, lo pasado y lo futuro».⁽⁴⁶⁾

Poned al Hombre en contacto inmediato con la naturaleza, y tenéis el mismo resultado. «Sentaos, dice Balmes, a la orilla del mar en una playa solitaria; escuchad el sordo mugido de las olas que se estrellan bajo vuestros pies, o el silbido de los vientos que las agitan; con la vista fija en aquella inmensidad mirad la línea azulada

⁽⁴²⁾ S. JUAN EVANG. XVII, 17, 18, 20, 21, 23.

⁽⁴³⁾ Idem. v. 22.

⁽⁴⁴⁾ SALMO 118, v. 63.

⁽⁴⁵⁾ *Cartas a un escéptico*. Carta 25.

⁽⁴⁶⁾ CHATEAUBRIAND. René.

que une la bóveda del cielo con las aguas del océano; colocaos en una vasta y desierta llanura o en el corazón de un bosque de árboles seculares; en el silencio de la noche contemplad el firmamento sembrado de astros que siguen tranquilamente su carrera, como la siguieron muchos siglos antes, como la seguirán siglos después; sin esfuerzo, sin trabajo de ninguna clase, abandonaos a los movimientos espontáneos de vuestra alma, y veréis cómo brotan en ella sentimientos que la conmueven hondamente, que la levantan sobre sí misma, y como que la absorben en la inmensidad. Su individualidad desaparece a sus propios ojos; siente la armonía que preside al conjunto inmenso de que forma una pequeñísima parte: en aquellos momentos solemnes, es cuando el genio canta inspirado las grandezas de la creación, y levanta una punta del velo que cubre a los ojos de los mortales el esplendente solio del supremo Hacedor.

Aquel sentimiento grave, profundo, calinoso, que se apodera de nosotros en ocasiones semejantes, nada tiene de relativo a objetos individuales: es una expansión del alma que se abre al contacto de la naturaleza, como la flor de la mañana a los rayos del sol; es una atracción divina con que el Autor de todo lo criado nos levanta de este montón de polvo en que nos arrastramos por breves días».⁽⁴⁷⁾

¿Lo veis, señores, qué pasajes tan magníficos han escrito los hombres que saben pensar? ¿No es verdad, señores, que ardéis ahora en deseos de ser objeto de esa «atracción divina con que el Autor de todo lo criado nos levanta de este montón de polvo en que nos arrastramos por breves días?»—Y cuál es el medio, señores, que nos pone en comunicación con Dios? ¿qué alas tenemos para volar, e ir subiendo, subiendo, y llegar hasta la misma Divinidad?... Escuchad un momento al Ángel de las Escuelas, que anduvo mil y mil veces ese camino de felicidad, y ha trazado con un compás de oro los grandes rumbos del conocer.

«El hombre se une a Dios por medio de la razón o la mente, en la cual está la imagen de Dios».⁽⁴⁸⁾

«Siendo la sustancia de Dios su misma acción, la más perfecta semejanza del hombre con Dios será según alguna operación».⁽⁴⁹⁾ Y es claro que esa operación ha de ser la más perfecta que haya en el hombre; y, como tal, la que le sea característica, y marque la línea divisoria entre el hombre y los otros seres inferiores al hombre. Pues bien: «la operación propia del hombre en cuanto hombre, es entender; pues por ella se diferencia el hombre de los brutos, y de las plantas, y de los seres inanimados».⁽⁵⁰⁾

⁽⁴⁷⁾ *Filos. Fund.* Lib. 4. ° cap. 18.

⁽⁴⁸⁾ «Homo autem Deo coniungitur ratione, sive mente, in qua est Dei imago. » *Sum. Theol.* 1. ° 2. °, q. 100, art. 2. °

⁽⁴⁹⁾ «Cum Dei substantia sit ejus actio, summa assimilatio hominis ad Deum est secundum aliquam operationem....» *Ibid.*, q. 55, art. 2. °, ad 3. °

⁽⁵⁰⁾ «Proprium perfectivum hominis secundum animam, est aliquid incorruptibile; propria enim operatio hominis in quantum hujusmodi est intelligere, per hanc enim differt a brutis et plantis et inanimatis; intelligere est universalium et incorruptibilem.» *Sum. C. Gent.* Lib. 2. ° cap. 79.

«Dios es causa universal de la iluminación de las almas, según dice S. Juan, en el cap. 1. °, v. 9. °: «Era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo»; así como el sol es la causa universal de la iluminación de los cuerpos: aunque hay alguna diferencia; pues el sol ilumina por necesidad de su naturaleza; y Dios ilumina voluntariamente según el orden de su Sabiduría».⁽⁵¹⁾ «El sol corporal ilumina lo exterior; pero el sol inteligible, que es Dios, ilustra lo interior; de modo que la misma luz natural dada al alma, es una ilustración⁽⁵²⁾ de Dios, con la cual somos ilustrados por Dios para conocer las cosas que pertenecen al orden natural.»

Las otras criaturas, inferiores al hombre, se asemejan muy imperfectamente, o imitan de alguna manera las perfecciones de Dios, porque son vestigios o huellas de su Omnipotencia; pero el hombre es verdadera imagen de Dios, porque es capaz de vida eterna.⁽⁵³⁾

Empero el hombre no es capaz de vivir con Dios eternamente, sino por razón del entendimiento, pues la vida eterna consiste en conocer a Dios, y a su Hijo, que es Jesucristo.⁽⁵⁴⁾

«Dos clases de vida hay en el hombre, dice a este propósito Santo Tomás: una exterior, por razón de la naturaleza sensible y corporal, y según esa vida no tenemos comunicación o trato con Dios ni con los ángeles: otra espiritual, por razón del entendimiento, y según esta vida tenemos comunicación con Dios y con los ángeles; al presente, de una manera imperfecta,... pero esa comunicación se perfeccionará en la patria, cuando *los siervos de Dios le servirán y verán su cara*, como se dice en el Apocalypsis, cap. último, v. 5.°»⁽⁵⁵⁾

Ya se comprende perfectamente que es inextinguible el resplandor de la luz natural; y que es un tesoro infinito para los hombres, toda vez que les proporciona el ser partícipes de la amistad de Dios.⁽⁵⁶⁾

⁽⁵¹⁾ «Deus est causa universalis illuminationis animarum, secundum illud (Joann. C. 1.º, v. 9.º): «Erat lux vera, quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum;» sicut sol est universalis causa illuminationis corporum: aliter tamen et aliter; nam sol agit illuminando per necessitatem naturæ, Deus autem agit voluntarie per ordinem suæ sapientia.» *Sum. Theol.* 1. º 2. º q. 79, art. 3. º

⁽⁵²⁾ «Sol corporalis illustrat exterius; sed sol intelligibilis, qui est Deus, illustrat interius; unde ipsum lumen naturale, animæ inditum, est illustratio Dei, qua illustramur ab ipso ad cognoscendum ea quæ pertinent ad naturalem cognitionem.» *Ibid.*, q. 109, art. 1.º, ad 2.º

⁽⁵³⁾ «Similitudo vestigiū non dat capacitatem vitæ æternæ, sed similitudo imaginis.» S. THOM. *Sum. Theol.* 2. º 2. º q. 25, 3. º, ad 3. º

⁽⁵⁴⁾ Anima non est capax Dei nisi secundum mentem, in qua est memoria, intelligentia et voluntas.» *Ibid.*, q. 18, 1. º

⁽⁵⁵⁾ «Duplex est hominis vita: una quidem exterior secundum naturam sensibilem et corporalem, et secundum hanc vitam non est nobis communicatio vel conversatio cum Deo et angelis: alia autem est vita hominis spiritualis secundum mentem, et secundum hanc vitam est nobis conversatio et cum Deo et cum angelis; in presenti quidem statu imperfecte... sed ista conversatio perficietur in patria, quando servi ejus servient Deo, et videbunt faciem ejus, ut dicitur. (Apoc. ult. 3. º)» *Sum. Theol.*, 2. º 2. º q. 23, 1.º, ad 3. º

⁽⁵⁶⁾ «Infinitas enim thesaurus est hominibus: quo qui usi suet, participes facti suet amicitia Dei.» SAP. C. 7. º v. 14.

Ahora, señores, para concluir, voy a permitirme hacer una breve y sencilla argumentación.

No hay sociedad ni amistad, sino entre seres distintos y semejantes; es así que entre el hombre y Dios hay sociedad y amistad, como acabais de ver; luego entre el hombre y Dios hay semejanza. Es así que esa sociedad y amistad es por medio del entendimiento; luego...

« El hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, y esa imagen lo es según el entendimiento, asiento de la verdad, la cual viene de Dios». ⁽⁵⁷⁾

Recojo, señores, vuestros pensamientos, y cierro y sello esta primera parte de mi discurso con las siguientes proposiciones, síntesis y resumen de cuanto llevo expuesto acerca de la verdad.

Hay verdad en las palabras y en cualesquiera signos externos; verdad en los juicios, o sea en el entendimiento; y verdad en las cosas.

Valiéndome del tecnicismo en los términos, diré: la primera se llama verdad moral; la segunda, lógica o formal; la tercera, real o trascendental.

A poco que se medite, se ve con entera claridad que la norma, tipo y medida de la verdad *moral*, es la *formal*; y la norma, tipo y medida de la verdad *formal*, es la verdad real.

La verdad *real* es la entidad misma de las cosas; entidad relacionada con Dios, por quien son conocidas y fueron hechas; entidad relacionada con nuestro entendimiento, al cual pueden perfeccionar y enriquecer, cuando llegue a conocerles.

De la anterior premisa resulta que la norma, tipo y medida de la verdad *real*, estará donde esté la norma, tipo y medida de la entidad de las cosas.

Todo, menos Dios, es contingente. Lo contingente, por sí sólo, no puede salir al ser; porque antes de existir es nada, y la nada nada puede hacer. Por tanto, lo contingente sólo viene al ser, según el orden de la sabiduría de Dios, Único ser no contingente.

Luego el tipo, norma y medida de la entidad de las cosas está en Dios; y, por tanto, allí es donde está la norma, tipo y medida de la verdad real.

⁽⁵⁷⁾ Ratio intellectus divini aliter se habet ad res quam ratio humani intellectus. Intellectus enim humanus est mensuratus a rebus, ut scilicet conceptus hominis non sit verus propter seipsum, sed dicitur verus ex hoc quod consonat rebus. Ex hoc enim quod res est, vel non est, opinio vera, vel falsa est. Intellectus vero divinus est mensura rerum, quia unaquæque res in tantum habet de veritate, in quantum imitatur intellectum divinum, ut dictum est (part. 1. ^a, q. 16, art. 1. ^o) Et ideo intellectus divinus est verus secundum se; unde ratio ejus est ipsa veritas.» S. THOM. *Sum. Theol.* 1. ^o 2. ^a q. 93, 1. ^o, ad 3. ^m

Luego Dios es el origen y fuente de toda verdad; y sin Dios, no habría verdad.

Como en Dios todo es infinitamente perfecto, Dios, por su entidad o esencia, es la primera verdad *real*, o *in essendo*; por su conocimiento o entendimiento, es la primera verdad *formal*, o *in cognoscendo*; por su veracidad, es la primera verdad *moral*, o *in dicendo*.

Dios es la primera y más perfecta verdad formal, esto es, conoce toda la verdad, por medio de su Verbo, que es la expresión de toda verdad.

Dios es la primera verdad moral, o *in dicendo*, porque da la luz del entendimiento a las criaturas que gozan de esta perfección, es decir, a los ángeles y a los hombres.

Con esa luz vemos nosotros la verdad real de las cosas criadas: quién más, quién menos, según la mayor o menor viveza de la luz, y según la mayor o menor aplicación y estudio de cada uno.

Asimismo con esa luz vislumbramos la verdad real de Dios.

Luego esa luz nos pone en comunicación con el cielo y con Dios.

Y como al conocimiento del bien sigue el amor, y como obrando el bien nos hacemos amigos de Dios, esa luz nos hace participantes de la amistad de Dios.

La amistad y sociedad suponen semejanza. Y además, por mil y mil razones, esa luz tiene que ser simple, inmaterial y espiritual.

Luego es cierto que «el hombre tiene relaciones con la verdad, que fue hecho a imagen y semejanza de Dios, y que esa imagen lo es según el entendimiento, asiento de la verdad, la cual viene de Dios.»⁽⁵⁸⁾

⁽⁵⁸⁾ «Con Dios todo se aclara; sin Dios, todo es un dos. Esto es ver-dad en el orden de los hechos, y no lo es menos en el orden de las ideas. Nuestra percepción es también un hecho; nuestras ideas son he-chos también: a todo preside un orden admirable, en todo hay un enlace que no podemos destruir; y ni este enlace, ni este orden, de-pende de nosotros. La palabra razón tiene un significado profundo, porque se refiere a la inteligencia infinita. No puede haber dos razones humanas, siendo verdadero para uno lo que sea falso para otro: inde-pendientemente de toda comunicación entre los espíritus humanos, y de toda intuición, hay verdades necesarias para todos. Si queremos explicar esta unidad, es necesario salir de nosotros y elevarnos a la grande unidad de donde sale todo y adonde se dirige todo.

Este punto de vista es alto, pero es el único: si nos apartamos de él, no vemos nada; estamos precisados a emplear palabras que nada significan. ¡Pensamiento sublime y consolador! Aun cuando el hombre no se acuerda de Dios, y quizás le niega, tiene a Dios en su enten-dimiento, en sus ideas, en todo cuanto es, en todo cuanto piensa: la fuerza perceptiva se la ha comunicado Dios: la verdad objetiva se funda en Dios: no puede afirmar una verdad, sin que afirme una cosa repre-sentada en Dios. Esta comunicación íntima de lo finito con lo infinito, es una de las verdades más ciertas de la metafísica: aunque las inves-tigaciones ideológicas no produjesen más resultado que el descubri-miento de una verdad tan importante, deberíamos tener por muy apro-vechado el tiempo que hubiésemos consumido en ellas... BALM. Fil. Fund. lib. 4. ° cap. 27.

II.

ACLARADA la primera parte de mi discurso, paso a la segunda:

¿Qué opina sobre estas cosas la filosofía moderna anticristiana?

El problema del conocimiento humano ha sido mirado con respeto y con temor por los psicólogos y metafísicos más eminentes de todas las edades y de todos los tiempos.

Uno de los puntos más oscuros de la filosofía es la naturaleza y propiedades de la acción intelectual.

Todos vosotros sabéis que la acción de una causa cualquiera es inmanente o transeunte. Llámase inmanente, cuando termina dentro del sujeto, dentro de la misma causa; por ejemplo, oír; imaginar. Es transeunte, cuando termina fuera del sujeto, fuera de la causa; v. gr., escribir. Poco importa que la acción transeunte exija una cohorte de actos inmanentes, anteriores o concomitantes: pues que esos actos son distintos entre sí, son actos incompletos e imperfectos, que, unidos, forman un acto completo y perfecto; y, por tanto, siempre será verdad que cada uno de ellos, en particular, termina dentro o fuera del sujeto, porque en eso no cabe medio, y de consiguiente será inmanente o transeunte.

Ahora bien: la acción intelectual está calificada por los psicólogos como inmanente; y con razón: toda vez que la acción del entendimiento, por sí sólo, ni quita ni pone nada en las cosas, sino que se verifica y tiene su término dentro de nosotros mismos. Y sin embargo, para que esa acción no sea ridícula, ni sea ilusoria, es preciso, como habéis visto en la primera parte de este discurso, que se conforme perfectamente con la verdad real, es decir, con la realidad de las cosas, o sea con el mundo externo. De manera que, a excepción de aquellos actos intelectuales que tienen por objeto cosas del alma, los demás siempre se refieren a objetos externos. Y como la acción intelectual, por ser inmanente, ha de verificarse y tener el objeto dentro; y como los objetos externos no entran en el entendimiento, sino que permanecen fuera, invariables en su ser apesar de toda acción intelectual, nace ahí un mar de dudas, un océano de sombras, un piélago inmenso de triste y pavorosa oscuridad.

Ya comprenderéis que en problemas de tanta trascendencia y condición es temerario fiar mucho en las fuerzas propias. Es preferible, no lo dudéis, seguir las huellas de los genios, quienes, con vista lince y serenidad imperturbable, avanzan firmes y vigorosos luchando con el vacío y con las tinieblas. No penséis que el seguir esas huellas sea sujetar la inteligencia a bochornosa esclavitud; nada do eso: es, ni más ni menos, tomar un guía que nos lleve de la mano, y vaya delante por el laberinto de las ciencias, y nos introduzca en los misterios de la región oscura del conocer.

Porque ya dijo Dante⁽⁵⁹⁾ que «la mente, que en el cielo es luz, en la tierra es humo.» Y Balmes, hablando de la ciencia del hombre, dijo que «es una antorcha, que suele servir para ver la existencia de abismos, no para penetrar su fondo».⁽⁶⁰⁾

Esa palabra *suele* hace alusión a la ciencia de la generalidad de los hombres. No habla con los sabios de intuición clara y viva. Los cuales, en realidad, son muy pocos, por más que a veces nos parezca a nosotros lo contrario.

El mismo Balmes afirmó que «los hombres pequeños son comúnmente más pequeños de lo que piensan; pero los hombres grandes son a veces más grandes de lo que creen».⁽⁶¹⁾

No llamo a nadie pequeño; digo solamente que los hombres grandes son pocos, y que se ha de poner gran cuidado para encontrarlos; pues el autor que acabo de citar escribió también que «desgraciada mente el conocimiento de los hombres es uno de los estudios más difíciles; y por lo mismo es tarea espinosa recoger los datos precisos para acertar».⁽⁶²⁾

Vayan sino, por vía de prueba, algunos ensayos.

Aquí tenéis, por ejemplo, a Bayle, ídolo y apóstol de los que profesan la libertad de pensar. Vedle definido por un escritor de los más competentes en la materia: «Bayle se define a sí mismo, diciendo: «Yo soy Júpiter, concitador de tempestades, y todo mi talento se reduce a crear y proponer dudas... Yo no soy luterano, calvinista, anglicano, ni católico, sino protestante; pues protesto contra todo lo que se dice y hace.».⁽⁶³⁾

De Rousseau se ha dicho que intentaba reducir a cenizas todo lo existente a la sazón, y poner en combustión a la sociedad.

De Federico de Prusia y de Voltaire dijo Chateaubriand: «El rey de Prusia (Federico) y Voltaire son dos figuras extravagantemente agrupadas, que vivirán indefinidamente: el segundo destruía una sociedad con la filosofía que servía al primero para fundar un reino».⁽⁶⁴⁾

En una oración fúnebre pronunciada en honor de Luis XIV se dijo: «.... Todas (las artes) tienen motivo para quejarse de haberos perdido. La pintura se queja de no poder expresar la dignidad de vuestro semblante. La escultura se lamenta de no poder representar la majestad de vuestra estatura. La poesía se lamenta de que

⁽⁵⁹⁾ *Divina Comedia*. El Paraíso. Canto 21.

⁽⁶⁰⁾ La sociedad. «Miscelánea.» Al fin del último tomo. «Pensamientos sobre literatura, filosofía, política y religión.»

⁽⁶¹⁾ El Protestantismo cap. 13.

⁽⁶²⁾ El Criterio cap. 7. ° p. 3. °

⁽⁶³⁾ GAUME. Revol. T. 4. ° pág. 333.

⁽⁶⁴⁾ *Memorias de Ultra-tumba*. Edición de Gaspar y Roig. Madrid, 1870. pág. 40.

la grandeza de vuestras hazañas la ha puesto fuera del caso de fingir. La Academia de Inscripciones se queja de no poder hallar títulos bastante brillantes para designaros. La historia se queja de que sois causa de que se la trate de fabulosa. La lengua francesa se queja de que ha agotado *por el número de vuestras virtudes* la multitud de sus palabras. Finalmente las ciencias todas y las artes se quejan de que después de haberlas hecho ricas, las habéis empobrecido, y hécholas mudas después de haberlas hecho discretas».⁽⁶⁵⁾ Pero de ese mismo rey dijo con gran tino otro autor: «El día en que profirió (Luis XIV) las famosas palabras «Yo soy el Estado», pronunció la sentencia de muerte de la antigua monarquía cristiana y francesa».⁽⁶⁶⁾

En cambio se nos van olvidando los nombres de otros héroes. Poco se piensa hoy en el triunvirato celeberrimo de Pedro el Venerable, San Bernardo, y el Abad Suger. Y sin embargo, de ellos escribió un autor: «Quién no se ha parado repetidas veces a contemplar el insigne triunvirato de Pedro el Venerable, San Bernardo y el Abad Suger? ¿no puede decirse que el siglo XII se salió de su lugar, produciendo un escritor como Pedro el Venerable, un orador como San Bernardo, un hombre de estado como Suger?».⁽⁶⁷⁾

De El Tasso dice el poeta alemán Goethe: «Lo mismo que el ruiñeñor, exhalaba de su pecho enfermo de amor la armonía de sus lamentos; sus cánticos deliciosos, su melancolía sagrada cautivaban el oído y el corazón... ¿Quién tiene más derecho a atravesar misteriosamente los siglos que el secreto de un noble amor confiado al secreto de un sublime canto?».⁽⁶⁸⁾

De Milton, el mejor poeta inglés, dijo Chateaubriand: «Qué inteligencia tan elevada necesitaba Milton para sostener su entrevista, si así puede decirse, con Dios y con los prodigiosos personajes que ha creado! Nunca ha existido un genio tan grave, y al mismo tiempo tan tierno como el de ese Hombre».⁽⁶⁹⁾

Los que en la Beatriz de Dante miran a la Teología, leerán con indecible gusto el siguiente pasaje: «Yo he visto al romper el día la parte oriental toda sonrosada, y el resto del cielo adornado de una hermosa serenidad, y la faz del sol naciente cubierta de sombras, de suerte que a través de los vapores que amortiguaban su claridad, podía sostenerla el ojo por largo tiempo: del mismo modo, a través de una nube de flores que salía de manos angelicales, y caía sobre el carro y en torno suyo, coronada de oliva sobre un velo blanco, se me apareció una dama cubierta de verde manto, y vestida del color de una llama viva».⁽⁷⁰⁾

⁽⁶⁵⁾ Véase *la Revol.* de GAUM. t. 6. ° pág. 438.

⁽⁶⁶⁾ GAUME. *Revol.* t. 3. °, pág. 455. —«Pablo, capitán del ejército cristiano, y orador invicto defendiendo la causa de Cristo, hace servir con arte para argumento de la fe hasta una inscripción fortuita.» S. JERÓNIMO. *Epist. ad Magn.* Citad, en la Enciclica *Æterni Patris*.

⁽⁶⁷⁾ BALMES. *El Protest.* cap. 41.

⁽⁶⁸⁾ Véase a CHATEAUBRIAND. *Memorias de Ultra-tumba*. Edición de Gaspar y Roig. Madrid, 1870, pág. 572.

⁽⁶⁹⁾ *Ensayo sobre la literatura inglesa*. 3.ª parte; al final.

⁽⁷⁰⁾ *El Purgatorio*. Canto 30.

«En las cosas humanas, dice otro sabio, está el mal tan cerca del bien, y el error de la verdad; la prudencia linda de tal modo con la timidez culpable; la indulgente condescendencia se halla tan inmediata a la injusticia, que así en teoría como en práctica no siempre es fácil mantenerse en los límites prescritos por la razón y los eternos principios de la sana moral». ⁽⁷¹⁾

Y el mismo, en otro lugar: «Hay cosas que más bien se sienten que no se conocen; las hay que se ven, pero no se prueban; porque hay relaciones delicadas, hay minuciosidades casi imperceptibles, que no es posible demostrar con el discurso a quien no las descubre a la primera ojeada; hay puntos de vista sumamente fugaces, que en vano se buscan por quien no ha sabido colocarse en ellos en el momento oportuno». ⁽⁷²⁾

Por último, un sabio, que tenía motivos para conocer a los hombres, ha escrito: «El hombre no es otra cosa que un edificio arruinado y un destrozo del pecado y de la muerte: su amor tibio, su fe vacilante, su limitada caridad, sus imperfectos sentimientos, sus mezquinos pensamientos, y su corazón, juguete de mil encontrados afectos, no son en él sino ruinas». ⁽⁷³⁾

Hago aquí alto, señores; y os ofrezco ese ramillete de pensamientos de varios autores.

De propósito he cedido la palabra a hombres tan notables. No dicen verdades nuevas; todos sabemos muy bien esas cosas; pero el amor propio ciega al hombre, y casi nunca se dice a sí mismo esas verdades humillantes, ni permite que le sean recordadas sino por personas muy competentes, y que hablen de una manera general, sin aludir a nadie, y menos a nosotros mismos, porque entonces no escuchamos.

Sí, señores míos: es una ilusión pensar que en filosofía no se debe elegir ningún maestro; y es una ilusión pueril: «El orden natural en la vida de las ideas, dice un sabio, es, primero aparecer, en seguida difundirse, luego realizarse en alguna institución que las represente, y por fin ejercer su influencia sobre los hechos obrando por medio de la institución en que se han personificado». ⁽⁷⁴⁾ Y yo pregunto: ¿cabe institución sin maestro? ¿y el maestro no es un guía?

Además: ¿no enseña nada la historia de la filosofía? ¿Quién es el jefe de los filósofos que tienen a los monos por sus abuelos?—Darwin.—¿Quiénes los maestros del panteísmo germánico?—Fichte, Schelling y Hegel.—¿Quién puso los cimientos de la filosofía alemana?—Kant.—A quién consultan hoy los filósofos sin religión?—A la Enciclopedia, a Rousseau, a Voltaire.—¿Quién es el maestro de

⁽⁷¹⁾ BALMES. El Protest. cap 55.

⁽⁷²⁾ BALMES. El Criterio. cap. 22, p. 7. °

⁽⁷³⁾ CHATEAUBRIAND. Genio del Crist. 3.ª part. lib. 5. ° cap. 3. °

⁽⁷⁴⁾ BALMES. El Protest. cap. 30.

los anti- escolásticos ?--Descartes.—Y así podemos ir siguiendo, siguiendo, hasta el origen mismo de la filosofía.

Por consiguiente, es necesario elegir un guía que nos lleve de la mano, y vaya delante por el laberinto de las ciencias, y nos introduzca en los misterios de la región oscura del conocer.

Por dicha, esta Academia tiene un maestro inmejorable en el Doctor Santo Tomás de Aquino, recientemente ensalzado en la Encíclica *Æterni Patris*, que hace de Santo Tomás el mayor elogio posible. Escuchad con atención y respeto las siguientes palabras de Ntro. Smo. P. León XIII: «El Doctor Angélico vio las conclusiones filosóficas *en las esencias y los principios mismos de las cosas*, que son grandemente trascendentales, y encierran como en su seno las semillas de casi infinitas verdades, que los maestros posteriores habían de desarrollar a su tiempo y con fruto abundantísimo. Habiendo empleado este método de filosofar en la refutación de los errores, consiguió deshacer él sólo los errores de los tiempos pasados, y suministrar armas invencibles para refutar los que perpetuamente surgirían en los siglos venideros. Además, distinguiendo como es justo la razón de la fe, y asociándolas sin embargo amigablemente, conservó los derechos de una y otra, y miró por su dignidad de tal suerte, que la razón elevada en alas de Tomás a su mayor altura, ya casi no puede levantarse a regiones más sublimes, ni la fe puede esperar de la razón mayores o más poderosos auxilios que los que hasta aquí ha conseguido por Tomás.»

¡Gran genio, señores, el de los héroes del siglo XII, que antes cité; pero más grande todavía el genio de Tomás, que distinguiendo, como es justo, y asociando amigablemente la razón y la fe, elevó en sus alas a la mayor altura la razón, de modo que casi casi ya no pueda levantarse a regiones más sublimes!

¡Vista de águila tuvieron, vista penetrante y viva fue la de Milton, la de Tasso, la de Dante; pero más penetrante y viva es la de Tomás, que mirando las conclusiones filosóficas en las mismas esencias de las cosas, se apoderó de los principios y raíces de casi infinitas verdades, consiguiendo así deshacer él sólo los errores de los tiempos pasados, y suministrar armas invencibles para refutar los que perpetuamente surgirían en los siglos venideros!

Mirando Tomás de hito en hito las esencias de las cosas, y dueño así del principio y raíz de infinitos ramos del saber, es comparable al águila de Patmos, quien, cándido como una paloma, y auxiliado con luz especial, pudo fijar su mirada en ese punto infinito llamado idea de Dios.

Y al llegar aquí, señores, estamos otra vez en la idea capital de este discurso. Gravitamos, sin poderlo remediar, hacia el centro de esta cuestión inmensa, con que molesto vuestra atención, y en cuyo fondo está escondida la clave de una porción de cuestiones, y el secreto para saber *qué opina sobre estas cosas la filosofía moderna anticristiana*.

Recordad, señores, que antes probé que Dios es fuente de toda verdad, y lazo de todos los seres. Que Dios es verdad infinita; y que Dios es la primera verdad, porque sin Dios no habría verdad. Que las cosas toman la verdad de su tipo, que está en Dios; y nuestro entendimiento toma su verdad de la verdad real o de las cosas.

Pues tracemos una figura geométrica, que comprenda y sintetice todo el problema del conocimiento, del saber, de la ciencia; en una palabra, de la verdad.

Demos un punto céntrico, infinitos radios, y una línea al rededor en comunicación con los radios y con el centro. En el centro está Dios; en los radios, los infinitos ramos del saber: en la línea al rededor, nosotros, pobres viajeros, de paso tardo y difícil caminar, con una antorcha en la mano, que *en el cielo es luz y en la tierra es humo*, con pensamientos tímidos e inciertas providencias, «porque el cuerpo corruptible apega al alma, y la habitación terrestre abate la mente».⁽⁷⁵⁾

Repito, señores, que ahí está el secreto para entender al mundo moderno. El mundo moderno, de ese círculo que acabo de trazar, no ve los radios, ni mira al centro; divaga entretenido, pero muy satisfecho, por puntos aislados, inconexos. Y... señores míos; donde no hay conexión, no hay progreso; y donde no hay progreso, ni enlace o conexión, no hay ciencia... Y eso aunque se repita hasta causar fastidio la palabra progreso y la palabra ciencia.

Duro lenguaje es éste; pero es la expresión de la verdad. ¿Queréis una prueba?—Pues muy sencilla.—Decidme: ¿cuántos y cuántos sabios presuntos no hay, “que escriben a maravilla, y que se quedarían perplejos, y atónitos, si se les preguntara delante de gente ¿qué es ciencia?—Otrosí: abrid libros que tratan asuntos científicos. Hay muchos, muchísimos, que a cualquiera proposición, a cualquiera prueba os ponen la palabra *demostración*. Y ¿qué? ¿es demostración, por ventura, una prueba cualquiera?...—Más: abrid los libros de ciencias modernas: de historia natural, por ejemplo. Cuidado, señores, que yo respeto y amo esa ciencia, y vosotros bien lo sabéis...⁽⁷⁶⁾ ¿Cuántos naturalistas hay que sepan la dosis de ciencia que contiene la historia natural?... Y ¿cómo lo han de saber, si la ciencia es un hábito intelectual, y hay muchos, muchos naturalistas, que no saben qué es entendimiento, pues lo otorgan hasta a los peces?

Pero me he desviado de la senda que pensaba seguir. No es prudente lastimar en primera persona el amor propio de la época, época muy pagada de sí misma, y, por tanto, muy susceptible y vidriosa.⁽⁷⁷⁾

⁽⁷⁵⁾ SAP. cap. 9. ° v. 15.

⁽⁷⁶⁾ El autor de estas pobres líneas lleva tiempo de profesor de Historia natural.

⁽⁷⁷⁾ Es tau susceptible y vidriosa, que fácilmente se rompe y estalla en dicterios, cuando un escritor, particularmente si es desconocido y novel, se permite impugnar alguno de los gustos de nuestro siglo. Por eso el autor de este discurso tiene buen cuidado de sembrar de notas este trabajo, para que los lectores sepan que no está sólo.

Cedo la palabra, mejor diré, escuchemos todos la voz del Vicario de Jesucristo.

«Merced a los esfuerzos de los Novadores del siglo XVI, agradó el filosofar sin respeto alguno a la fe, con plena licencia de dejar volar el pensamiento según el capricho y el genio de cada uno. Por cuyo motivo fue ya fácil que se multiplicasen más de lo justo los sistemas de filosofía, y naciesen sentencias diversas y contrarias entre sí, aun acerca de las cosas más principales en los conocimientos humanos. De la multitud de las sentencias se pasó frecuentísimamente a las vacilaciones y a las dudas; y de la duda, ninguno hay que ignore cuán fácilmente resbalan en el error los entendimientos de los hombres... Pues esta multitud de sistemas, apoyándose en la autoridad y arbitrio de cada uno de los maestros, tiene fundamento variable, y por esta razón no dan a la filosofía la firmeza, estabilidad y robustez de la antigua, sino vacilación y frivolidad».⁽⁷⁸⁾

Las consecuencias de tamaña frivolidad, son fatales: «Si alguno fija la consideración en lo aciago de nuestros tiempos, y pondera la condición de las cosas que pública y privadamente suceden, descubrirá sin duda que la causa fecunda de los males, tanto de aquellos que hoy nos oprimen, como de los que tememos, consiste en que los perversos principios sobre las cosas divinas y humanas, emanados hace tiempo de las escuelas de los filósofos, se han introducido en todos los órdenes de la sociedad, recibidos por el común sufragio de muchos. Pues siendo natural al hombre que en el obrar tenga a la razón por guía, si en algo falta la inteligencia, fácilmente cae también en lo mismo la voluntad; y así acontece que la perversidad de las opiniones, cuyo asiento está en la inteligencia, influye en las acciones humanas y las pervierte. Por el contrario, si está sano el entendimiento del hombre, y se apoya firmemente en *sólidos y verdaderos principios*, producirá para el bien público y privado innumerables beneficios... No en vano imprimió Dios en la mente humana la luz de la razón, y tan lejos está de que sobreviniéndole la luz de la fe apague o disminuya la virtud de la inteligencia, que antes bien la perfecciona, y aumentando sus fuerzas, la hace hábil para mayores empresas».⁽⁷⁹⁾

Ya lo veis, señores: el mundo moderno ha dado en el achaque de «filosofar... con plena licencia de dejar volar el pensamiento según el capricho y el genio de cada uno.»

Bien os lo decía yo, examinando nuestra figura geométrica: el mundo moderno, ni ve los radios, ni mira al centro; divaga entretenido, aunque muy satisfecho, por puntos aislados, inconexos.

Y es natural: de ahí excesiva multitud de sistemas, y sentencias diversas, y contrarias, sobre los puntos más principales del humano saber: es decir: gran

⁽⁷⁸⁾ Encíclica *Æterni Patris*.

⁽⁷⁹⁾ Idem.

confusión. Y luego, claro está, vacilaciones, y dudas; y a la puerta, esperándonos, el error; y dentro de casa, en todo lugar y a todas horas, falta de firmeza, de estabilidad, de robustez ... ¡vacilación!... frivolidad!

Cuidado, señores; no lo digo yo, lo dice el Padre de los fieles, atalaya de Israel; quien tiene, entre sus penosos deberes, el de mirar y registrar a todas horas, y en todas direcciones el bello campo de la ciencia.

¡Pobre mundo moderno, época moderna: siglo XVII, siglo XVIII, y siglo XIX; siglo, éste, de la luz, y también de la hulla!... ¡Quién te lo había de decir!... Por dejar volar el pensamiento según el capricho y el genio de cada uno, tu ciencia, tu filosofía carece de firmeza, de estabilidad, de robustez; y en lugar de tan preciosos dones, hay en ti gran confusión, tristes vacilaciones, y lamentable frivolidad; sin contar la nota de servilismo que te echas encima apoyando tus sistemas «en la autoridad y *arbitrio* de cada uno de los maestros»... y ¡qué maestros!... ¡Proudhon, Darwin, Littré, Cousin, Hartman, Schopenhauer, Herbart, Krause, Hegel, Schelling, Fichte, Kant!... ¡Los enciclopedistas, Rousseau, Voltaire, Condillac, Reid, David Hume, Berkeley, Adam Smith, Locke, Pufendorf, Spinoza, Descartes, Hobbes, y Bacon de Verulam!

Tuviera yo más dilatado espacio, y haría una reseña de las ideas y modo de pensar de los maestros que acabo de citaros; de esos maestros, a quienes la historia pedirá en su día cuenta de la falta de firmeza, de estabilidad, de robustez, y de las vacilaciones, y dudas, frivolidad, y errores de la ciencia moderna!...

Veríais a Proudhon rechazar las nociones de causa y de sustancia; negar la providencia de Dios, la inmortalidad del alma y la vida futura; profesar el ateísmo y la más ruda igualdad; y negar el derecho de mando, y el derecho de propiedad.⁽⁸⁰⁾

Veríais a Carlos Darwin, muyufano con su teoría de la evolución transformista, insultar al sentido común, a la experiencia, y a la sana y formal filosofía; confundir el orden ontológico de los seres con el orden *genético*; y precipitarse con velocidad incalculable en el materialismo y en el ateísmo.

Veríais a Littré afirmar que el espíritu es una propiedad o fuerza de la materia, borrando así la línea divisoria entre el mundo espiritual y el mundo material.

Veríais a Cousin, al insigne y honorable Cousin, jefe del eclecticismo francés, y gran sostenedor de la filosofía de balancín, o sea del moderno *doctrinarismo*. Veríais, digo, a Cousin afirmar que la historia es el desarrollo de Dios en la humanidad; que la humanidad es absolutamente buena, y todas sus vicisitudes y revoluciones son legítimas; que la victoria de un pueblo sobre otro pueblo es siempre útil, necesaria

⁽⁸⁰⁾ Los datos históricos que aquí se indican, están tomados de la *Hist. de la Fil.* Del P. ZEFERINO t. 3. °

y justa; que el vencedor es siempre mejor y más moral que el vencido;⁽⁸¹⁾ y que la fuerza es la gran ley de la humanidad.⁽⁸²⁾

Veríais a Hartman defender que no hay otra inmortalidad que la unidad eterna con Dios, de quien es el hombre una bella manifestación; y añadir que la ética del budismo es superior a la ética cristiana, y la única que puede suministrar a la moralidad sólido fundamento.

Veríais a Schopenhauer, filósofo flamante y novísimo, para quien los astros con sus atracciones y repulsiones, los minerales con sus fuerzas químicas, las plantas, los animales y el hombre, y en general todas las cosas con sus gradaciones y diferencias, son resultado y objetivaciones de una esencia apellidada voluntad; pero voluntad impersonal, y sin conciencia de sí misma, como no sea en el hombre y por el hombre. Que la filosofía es ateológica, y la idea de Dios invención de nuestros maestros. Que no hay alma, si esta ha de ser espiritual; y que la intelección es una función del cerebro, como la digestión lo es del estómago. Que la base de la moral es la compasión y la simpatía; pero a condición de reconocer que el mundo es una ilusión, y que el *yo*, como individuo, equivale a la nada. Que, en el fondo, el hombre y el bruto son una misma cosa: Y que la ciencia consiste en comprender que la realidad es una ilusión, la vida un dolor permanente, y el destino final del hombre, y el fin último de sus deseos, debe ser la destrucción y aniquilamiento de su existencia.

Veríais también a Herbart, que niega nuestra libertad, sosteniendo que los actos del hombre pueden sujetarse a un cálculo matemático, y que nuestro origen, naturaleza y atributos pueden ser determinados y definidos por medio de fórmulas algebraicas.

Y veríais, sobre todo, a esa filosofía alemana, tan encomiada, tan grave, y tan estirada; cimentada en Kant, es decir en el orgullo del hombre, o sea en la nada; y terminando en el más ridículo ateísmo, es decir, en la sustitución de Dios por el hombre, o sea en deificación del YO, quien, *por fortuna*, —y es lástima que no lo sepan la gente y el pueblo soberano, —se identifica con el NO-YO....⁽⁸³⁾.... verbi

⁽⁸¹⁾ ¡Gran consuelo para sus compatriotas, que vieron arruinada y esquilada la Francia en la última guerra con Alemania!

⁽⁸²⁾ En el excelente periódico que se publica en Madrid con el título *El Siglo Futuro* ha salido una serie preciosa de artículos sobre «la enseñanza pública en España.» Recomendamos esos artículos a cuantos estimen la ilustración de nuestra pobre Patria, lánguida hoy, humillada y envilecida por nuestros *doctrinarios* y demás *sabios a francesados*.

⁽⁸³⁾ Sobre el embrollo de ideas, la algarabía de lenguaje, la falta de sentido común, y el conjunto de delirios del sistema de Fichte, recomiendo el precioso capítulo XVIII, lib. ix, *Filos. Fund.*, de BALMES; que no traslado aquí por su mucha extensión, aunque no puedo escusarme de transcribir lo siguiente:

«...Fichte cuidará de aclarar sus ideas, con el bien entendido que cada aclaración añade nuevos grados a su oscuridad. Dejémosle continuar ...»

«En verdad que se necesita toda la serenidad de Fichte para pretender convertir en ciencia un conjunto de absurdos y extravagancias tales como acabamos de ver. *Estaba reservado a los tiempos modernos* el tener que ocuparse seriamente de un sistema, cuya existencia cree rán con dificultad los que

gracia, con un miserable y asqueroso batracio!! ...

¡Cuán cierto es lo que se indica en Job: cuando el corazón sigue a los ojos, los pasos se desvían del camino, y se apega mancilla a las manos; y se cierra la senda del saber, y no se puede pasar, porque la vereda está en tinieblas!— Véase el v. 7 del cap. XXXI, y el v. 8 del cap. XIX de Job.

¡Qué más diré tocante a lo que piensa el mundo moderno sobre la verdad! ¡Qué más diré sobre la ciencia moderna, cuyo verbo es la filosofía alemana, hoy tan boyante, y que, sin embargo, es un horrendo cuerpo de doctrina, que por medio de Strauss se da la mano con el sistema de Epicuro, y por Krause enlaza con el transformismo atomista de Darwin! Filosofía formada al soplo de la Enciclopedia, y con restos de Condillac, de Reid, Hume, y Locke, Spinoza, Descartes y Bacon de Verulam!...

...¡De la Enciclopedia! sentina de contradicciones, de irreligión, de materialismo, de ateísmo!

lean la historia de las aberraciones del espíritu humano. El sistema de Fichte está juzgado por todos los hombres pensadores; y para hacerle caer en el olvido no hay medio más seguro que exponerlo a los ojos del lector curioso

«Así destruye Fichte en pocas palabras la realidad del mundo externo, convirtiéndole en una modificación o desarrollo de la actividad del *yo*; ¿será necesario detenerse más en impugnar una doctrina tan monstruosa, y que se establece sin ninguna prueba? Creo que no: mayormente cuando tengo asentada sobre principios sólidos la demostración de la existencia de un mundo externo, y llevo explicados el origen y carácter de los hechos de conciencia, sin necesidad de recurrir a tan absurdas extravagancias.»

Y como prueba de la afinidad que hay entre Hegel, Schelling, Fichte y Kant, y por tanto de lo que puede esperar de la filosofía alemana la ciencia, léase el siguiente dictamen del sabio P. Zeferino González, Hist. de la Filos. tom. 3. ° pág. 281 y 282: «Por una evolución natural y lógica, la *cosa en sí* del filósofo de Koenisberg, la *X* misteriosa y oculta en el fondo del criticismo kantiano, habíase transformado bajo la pluma de Fichte en el *yo puro*, principio necesario del *no-yo* o sea del mundo fenomenal, por medio de una producción inconsciente y espontánea contra el cual reacciona después por medio de una actividad infinita y libre. Schelling, por su parte, acababa de convertir la *cosa en sí* en el *absoluto* como unidad primitiva indiferente y común del *yo* y del *no-yo*, del sujeto y del objeto, de la naturaleza y del espíritu; en otros términos, como esencia general de las cosas, como fondo común e idéntico de los contrarios. El panteísmo de Fichte es un idealismo subjetivo, el de Schelling es un idealismo subjetivo-objetivo. Para Fichte, el ser, la esencia (la *cosa en sí* de Kant, la realidad) es el *yo*, el sujeto; el *no-yo*, el mundo, el objeto, es sólo fenómeno, accidente y modo de ser: el ser es el *yo*, y fuera del *yo*, no hay verdadera realidad. Para Schelling, el ser, la esencia, la realidad, no es ni el *yo*, ni el *no-yo*, ni el espíritu, ni el mundo, ni el sujeto, ni el objeto en cuanto tales: la única y verdadera realidad, la esencia, es el absoluto en cuanto constituye el fondo común, indiferente e idéntico de las cosas, incluso las que se presentan como contrarias: el *absoluto* es la realidad verdadera, la esencia real y única; el *yo* y el *no-yo*, el espíritu, y la naturaleza, lo finito y lo infinito, lo ideal y lo existente, son fases, manifestaciones, fenómenos.

«El punto de partida y el esquematismo general de la concepción de Hegel, coinciden con los de Schelling. Como el filósofo de Leomberg, Hegel considera el absoluto, la Idea, el pensamiento, como el principio, la esencia y el término de la realidad, o sea de todas las cosas, las cuales no son más que determinaciones varias de la idea. Como Schelling también, el filósofo de Stuttgart explica el origen y la naturaleza de los seres, o si se quiere, del Universo, por medio de evoluciones progresivas y determinadas de la Idea o del absoluto.»

¡De Condillac! complemento de Locke, y tristemente célebre por su teoría ideológico-psicológica horriblemente sensualista.

¡De la escuela Escocesa ! que si mereció alabanzas por haber luchado valiente contra el escepticismo de Hume y el sensualismo de Locke, inspira profunda compasión y lástima por carecer de ontología, de cosmología, de teodicea, y con una psicología solamente fenomenal, puramente empírica, sin atreverse a penetrar en el santuario de la psicología racional.

¡De David Hume! escéptico-positivista, y, como tal, «precursor natural del criticismo escéptico de Kant, y a la vez del positivismo contemporáneo.»⁽⁸⁴⁾ De Hume, para quien las ideas son débiles copias de las impresiones sensibles, sin que podamos saber su origen, si vienen de Dios, o de nosotros, o de los objetos externos; que no admite otra ciencia que la ciencia de la imaginación, del mundo fenomenal y sensible; que otorga razón experimental y raciocinio a los brutos; y que desconfía de poder averiguar el *por qué* de las cosas, quebrantando así y deshaciendo la base de toda demostración, de toda teoría, de toda ciencia, de toda verdad.

¡De Locke! autor del famoso *Ensayo sobre el entendimiento humano*; que niega el conocimiento de las esencias de los seres, la realidad objetiva del universal, y todo valor a la idea que tenemos de la sustancia; que cree posible el pensamiento en la materia; que confunde lo indefinido con lo infinito; y que, siguiendo la tradición baconiana, desprecia el silogismo, a pesar de ser la expresión más perfecta del raciocinio. De Locke, quien «en su aspecto crítico-ideológico... es el antecedente lógico, y entraña el fondo del criticismo kantiano por una parte, mientras que por otro lado, gravita con todo su peso hacia el idealismo de Berkeley y escepticismo de Hume»;⁽⁸⁵⁾ y «en su aspecto sensualista, representa una evolución complementaria del empirismo baconiano, y es la premisa necesaria de las teorías sensualistas y materialistas del siglo pasado y presente, en todas sus fases y matices, desde el sensualismo rígido de Condillac y el positivismo moderado de Comte, hasta el evolucionismo darwinista y el materialismo brutal de Büchner»⁽⁸⁶⁾

¡De Spinoza! que desarrolló por completo el principio racionalista de

⁽⁸⁴⁾ *Hist. de la Fil.* del P. ZEFERINO tom. 3. °, pág 175.

⁽⁸⁵⁾ *Hist. de la Fil.* del P. ZEFERINO tom. 3. ° pág. 160.

⁽⁸⁶⁾ «Un paso más, y la moral cartesiana se convierte en la moral del materialismo, en la moral de convención y de origen humano, bien así como su idealismo parcial y subjetivo, sólo necesita un paso más para transformarse y convertirse en el idealismo universal y es-céptico de Kant, según advierte con razón Kuno Fischer.» P. Zar. *Hist. de la Fil.* tom. 3. °, pág. 57.

«La filosofía de Descartes, sin ser una filosofía esencialmente panteísta, ni escéptica, ni sensualista, ni positivista, contiene el germen, premisas lógicas y direcciones marcadas de todos estos errores.» Idem, pág 54.

«La importancia exagerada y exclusiva que concede al pensamiento como fenómeno subjetivo, y en general a los hechos de conciencia, colocan a la filosofía cartesiana en la pendiente del idealismo escéptico y subjetivo, que Kant y Fichte se encargaron de ensanchar, des-entender y afirmar.» Idem.

Descartes; cuya obra *Tractatus theológico-politicus* «puede considerarse como la base y el punto de partida del racionalismo filosófico de los tiempos modernos, pero con especialidad del racionalismo exegético y religioso»;⁽⁸⁷⁾ que fue en muchos puntos el precursor del filósofo de Koenisberg, por lo cual no en vano le llenan de elogios los filósofos y literatos de la escuela alemana; que con sus frases *natura naturans* y *natura naturata* establece la más repugnante identidad entre el mundo y Dios, y el más desconsolador y desesperante fatalismo; que confunde el entendimiento con la voluntad, y que limita el horizonte de la ciencia, de la verdad, de tal manera, que mientras no poseamos idea clara y distinta de Dios, podemos dudar de todo.

¡De René Descartes! apellidado padre y fundador de la filosofía moderna; mezcla raza de genio pusilánime, arrogante y escéptico; que tuvo la osadía de romper con la filosofía escolástico-cristiana, llegando a declarar falsas e inadmisibles todas sus soluciones; y asimismo tuvo la donosa y nada humilde pretensión de regalar al mundo una filosofía nueva, levantada sobre la base de la duda universal y del libre pensamiento; que incurrió en frecuentes contradicciones, y, sobre todo, en el horrendo despropósito de afirmar que *la verdad esencial y metafísica* depende de la voluntad de Dios, eliminando así el *elemento necesario de las ciencias*, y triturando el principio de contradicción, ley necesaria de nuestro entendimiento, y condición indispensable de toda verdad científica.⁽⁸⁸⁾

Y por último, ¡de Bacón de Verulam! que, rebelde a las tradiciones de la ciencia, y precursor de los positivistas de nuestro siglo, menospreció la metafísica; declaró al *método inductivo* señor de la ciencia y de la verdad; y negó la utilidad del silogismo y de las afirmaciones o *verdades axiomáticas, metafísicas, a priori*⁽⁸⁹⁾

Convencido estoy, señores, de la tristísima impresión, que en vosotros producen los desvaríos, que acabáis de oír, de la filosofía moderna anticristiana.

Gran desgracia es tener que presenciar el estado lastimoso, en que se encuentra la filosofía por culpa de los novadores del siglo XVI. Esa señora del mundo, reina de la verdad, delicia inefable del talento, y embeleso del hombre pensador,

⁽⁸⁷⁾ Idem, pág. 82.

⁽⁸⁸⁾ «Un paso más, y la moral cartesiana se convierte en la moral del materialismo, en la moral de convención y de origen humano, bien así como su idealismo parcial y subjetivo, sólo necesita un paso más para transformarse y convertirse en el idealismo universal y escéptico de Kant, según advierte con razón Kuno Fischer.» P. Zar. *Hist. ile la Fil.* tom. 3.º, pág. 57.

«La filosofía de Descartes, sin ser una filosofía esencialmente panteísta, ni escéptica, ni sensualista, ni positivista, contiene el germen, premisas lógicas y direcciones marcadas de todos estos errores.» Idem, pág. 54.

«La importancia exagerada y exclusiva que concede al pensamiento como fenómeno subjetivo, y en general a los hechos de conciencia, colocan a la filosofía cartesiana en la pendiente del idealismo escéptico y subjetivo, que Kant y Fichte se encargaron de ensanchar, desenvolver y afirmar.» Idem.

⁽⁸⁹⁾ «En este concepto Bacón es padre, fautor o cómplice del moderno positivismo ateo-materialista, como lo es de los diferentes sistemas sensualistas y materialistas que le sirvieron de premisas intermedias e inmediatas.» Idem, pág. 17.

anda hoy—, ¿por qué no decirlo?—desgreñada, lodosa y harapienta; sin corona, porque la ha perdido, y con su manto real por el fango; sin camino cierto que seguir, y sin morada tija en que habitar; triste, llorosa y desconsolada, porque, en su marcha y peregrinación por el mundo, no le es dado alejarse del abismo a que la empujan sus adoradores: abismo de tinieblas y de tormento, en cuyos bordes se hallan el panteísmo germánico, el eclecticismo francés y el positivismo materialista, y sus pendientes respectivas son el idealismo, el racionalismo y el empirismo, y cuyo fondo ¡ay, señores! cuyo fondo lúgubre y funesto es el escepticismo... El escepticismo, que no es nuevo en filosofía; el castigo que la Providencia impone a los siglos soberbios. Y justo castigo, señores; porque ya se comprende que, cuando la ciencia prescinde y se aparta de Dios, es justo que Dios castigue a los sabios, abandonándolos a su depravado sentir, y que éstos queden fuera de su centro, fuera del centro del saber, que es Dios, esto es, en la mayor excentricidad posible, que es la mayor desgracia, el mayor castigo posible.

El escepticismo, señores, que, si no lo lleváis a mal, os diré con un sabio, «es el último límite que separa al hombre racional del bruto».⁽⁹⁰⁾ Y dice bien ese sabio: porque si el carácter distintivo entre el hombre y el bruto es el entender, como visteis en la primera parte de este discurso, aniquilar la inteligencia, matar por inanición la inteligencia, privar al entendimiento de su alimento y su vida, que es la verdad, equivale a suprimir esa centella viva, imagen de la Divinidad, y a colocar al hombre en las fronteras del mundo bruto, en las fronteras mismas del mundo irracional.

Y que nadie se sonría, y quiera cerrar mis labios, u obligarme a dejar la pluma, en vista de los adelantos portentosos del siglo en que vivimos.

¡Gran siglo el nuestro, señores, y grandes sus adelantos! ¿quién lo duda? Es evidente, y por tanto indisputable, que uno de los caracteres propios de nuestro siglo es la prosperidad material, los adelantos materiales, el afán de aplicar a la materia, para regalar al cuerpo, toda la actividad de nuestro espíritu. Pero no hay que engreírse demasiado; porque todavía falta mucho por descubrir, y restan aún a la humanidad largas jornadas que andar; y, sobre todo, porque la sociedad, la verdad y la ciencia, si han de vivir, y no han de perecer víctimas de un salvaje escepticismo, necesitan algo más que la prosperidad material, algo más que los adelantos materiales; necesitan rectificar ese ardor febril de aplicar a la materia, para regalo y comodidad del cuerpo, toda la actividad de nuestro espíritu, la fuerza entera del entendimiento, asiento de la verdad e imagen viva de Dios.

⁽⁹⁰⁾ GAUME, *Revol.* tom. 4. °, pág. 23. — «El escéptico es una razón humana rebelada en todos los puntos contra la razón divina, y que en justo castigo de su culpa cae en la duda universal, especie de marasmo intelectual en que el hombre tiene ojos y no ve, oídos y no oye.» Idem.

Un pueblo, una sociedad, un siglo, que no mire más que la materia, será siempre un pueblo grosero y servil en sus deseos y en sus costumbres; y entre la adulación y la molición, marchará precipitado a la más espantosa corrupción; y tras la corrupción viene el sofisma, porque el corazón depravado anubla la inteligencia; y en pos del sofisma llega la duda, y luego la indiferencia hacia la verdad, y a continuación el escepticismo, práctico, o especulativo, o completo; y el escepticismo, ya lo sabéis, « es el último límite que separa al hombre racional del bruto, » es el infierno de los sabios, es la muerte de la verdad, por la cual fue hecho el hombre a imagen y semejanza de Dios.⁽⁹¹⁾

Y este es el lugar más a propósito para deciros dos palabras acerca del método experimental-empírico-inductivo, tan decantado en nuestros días; gran baluarte de la filosofía moderna anticristiana; regio alcázar donde reposan los sabios, llenos de ciencia, y fatigados de sus excursiones por la región oscura del conocer; criterio, al decir de sus adeptos, el más seguro entre todos; y casi casi única fuente del saber, de la ciencia, de la verdad en nuestros tiempos.

Bueno será hacer constar, en primer término, que ese método no es nuevo, sino tan antiguo como el hombre, como el entendimiento, como el discurrir, puesto que es una de las fases más naturales del raciocinio.

Empero los novadores del siglo XVI, en su afán de dejar volar el pensamiento según el capricho de cada uno, menospreciaron los principios verdaderos y sólidos de las ciencias, negando algunos, ridiculizando otros, y desacreditándolos casi todos, sin exceptuar el más sencillo, natural y evidente, el sacrosanto y sublime principio

⁽⁹¹⁾ En el periódico de Madrid *El Siglo Futuro*, viernes 12 de Marzo de 1880, hemos hallado lo siguiente: «.... En seguida, el sabio dominico Cardenal Zigliara leyó un admirable discurso, en el que compendió magistralmente la doctrina de Santo Tomás, y puso de manifiesto las llagas del mundo moderno.

Nuestro siglo, dijo, puede creerse más feliz que los otros a causa de las riquezas y el progreso material; pero no lo es verdaderamente, pues, aunque rico de bienes materiales, es pobrísimo en riquezas de espíritu. Languidece por falta de amor; no puede resplandecer la alegría sobre la frente de quien no sabe mirar al cielo.

No obstante el mucho hablar de ciencia y civilización, se precipita en la barbarie. Así como los bárbaros no creían haber vencido verdaderamente, si no lo destruían todo, así ahora no se cree saber si no se destruye la verdadera ciencia. Se comienza a filosofar, negando la base misma de la filosofía, negando a Dios.

El ateísmo y el panteísmo niegan a Dios de diversa manera; el escepticismo le niega en cuanto Dios es Verdad; el socialismo en cuanto Dios es Providencia.

El objetivo de la ciencia ahora tan ponderada es el ateísmo; pero éste es delirio y culpa, y conduce a las tinieblas del entendimiento y al extravío de las bases de la razón...

Nuestro guía en la lucha sea Santo Tomás, ingenio inmenso, mente angélica, corazón afectuoso, lógico inexorable.»

de contradicción, pues ya visteis que Descartes lo eliminó por inútil, y lo relegó al museo de antigüedades escolásticas.

Yo no sé si os parecerá exagerado mi modo de sentir sobre este punto. Muchas veces he pensado cuál será la raíz de ese empeño tenaz de la filosofía moderna; de la filosofía que comienza en Bacón de Verulam, y termina en nuestros días, por ejemplo, en los discípulos de Sanz del Río, de Krausse, y de Darwin; del empeño insensato, repito, que muestra la filosofía moderna en borrar los principios de las ciencias. Y cuando medito mucho, mucho sobre ello, imagínome sin poderlo remediar, una hija honrada, buena y honesta, pero que decidida a perder su dignidad, y resuelta a deslizarse por toda clase de liviandades, por evitar fiscales y acusadores, en el silencio de la noche, y en el santuario de la familia, asesta puñal alevé a los autores de sus días, y huye a tierras extrañas con el tormento de su corazón. Así también la filosofía moderna anticristiana ha desgarrado las entrañas del saber, haciendo trizas los principios verdaderos, sólidos y vitales de las ciencias, y entregándose por completo a su ídolo.... Y ¿quién es su ídolo, señores, quién? ¿no lo sabéis?...— pues bien manifiesto está: el materialismo saturado de orgullo, ó, si os place más, el orgullo saturado de materia...⁽⁹²⁾ ¡Seguid, seguid atentos a esa hija fugitiva; seguidla, si podéis, en su carrera vergonzante; y veréis comenzar su apostasía por el principio de secularización religiosa, continuar con la emancipación de la ciencia, y después con la eliminación de Dios de todos los ramos del saber, para venir a parar en la filosofía del YO, en la divinización del YO, en el orgullo elevado a una potencia infinita! Con eso, y con el sensualismo y afeminación de las costumbres modernas, efecto de la facilidad con que hoy se obtienen innumerables goces materiales; y

⁽⁹²⁾ Bien claramente indica este vicio capital de nuestro siglo S. S. León XIII, en la Encíclica *Arcanum divinæ sapientiæ* de fecha 10 de Febrero de 1880: «Pecado fue de algunos antiguos el haber sido enemigos del matrimonio en algunas de sus partes, pero mucho más perniciosamente pecan en nuestro tiempo los que tratan de echar por tierra su naturaleza y destruirlo en todas y cada una de sus partes, y la causa de esto es que *imbuidos en las opiniones de la falsa filosofía y en las costumbres corrompidos de algunos*, nada llevan tan a mal como *sujetarse y obedecer*; y trabajan con todas sus fuerzas para que no solamente los individuos, sino también las familias y la sociedad entera desprecien *soberbiamente el imperio de Dios*...

... Invasidos los ánimos *de la más procax libertad*, y despreciando con el mayor descaro *todo yugo de imperio* por legítimo que sea, la salud pública exige la unión de fuerzas entre ambas potestades, para conjurar los males que amenazan no sólo a la Iglesia, sino también al Estado.»

Y en la Encíclica *Æterni Patris* de 4 de Agosto de 1879, dice así: «La sociedad civil y la doméstica que se hallan en el grave peligro que todos sabemos, a causa de la peste dominante de las perversas opiniones, viviría ciertamente más tranquila y más segura, si en las Academias y en las escuelas se enseñase doctrina más sana y más conforme con el magisterio de la Iglesia, tal como se contiene en los escritos de Santo Tomás de Aquino. Todo lo relativo a la genuina noción de la libertad, que hoy degenera en licencia, al origen divino de toda autoridad, a las leyes y a su fuerza, al paternal y equitativo imperio de los príncipes supremos, a la obediencia a las potestades superiores, a la mutua caridad entre todos; todo lo que de estas cosas y otras del mismo tenor enseña Santo Tomás, tiene una fuerza grandísima e invencible para echar por tierra esos principios del nuevo derecho, que, como todos saben, son peligrosos para el tranquilo orden de las cosas y para el público bienestar.»

con el procedimiento impío de explotar contra la religión católica muchos de los adelantos y descubrimientos realizados en las ciencias físicas y naturales; y con el marasmo producido en la ciencia por el doctrinarismo ecléctico-racionalista; ésta filosofía moderna anticristiana ha dejado apagarse todos los faros que el hombre de ciencia necesita para no perderse en el laberinto de golfos, islas y escollos de la región oscura del conocer; y pasa el tiempo, muy satisfecha, en mirarse los dedos de la mano, en cantar ¡fascinadora sirena! su belleza sin igual,⁽⁹³⁾ y en examinar los quilates de materia útil y preciosa que contienen los objetos con que topa a su alrededor.

Y así permanecerá la filosofía moderna, inmóvil, quieta y estacionada, mientras no encienda otra vez las luces, que iluminan dilatados horizontes, y avisan al navegante que hay escollos en la costa, en el mar, y en el corazón mismo del océano; mientras no reduzca a sus justos límites el método experimental-empírico-

⁽⁹³⁾ Como prueba fehaciente de la sin par belleza con que se presenta la filosofía moderna anticristiana, plácenos transcribir aquí, aun a riesgo de indignar a nuestros lectores, unos suculentos párrafos de filosofía alemana, que hemos visto en el periódico de Madrid *El Siglo Futuro*, jueves 12 de Febrero de 1880: «En el último número de *La Ciencia Cristiana* le toca comparecer a juicio a un Sr. D... ..»;

el cual, abre la boca, y.... entre otras muchas cosas que no caben aquí, dice:

«De cuyo concepto, «yo en mis límites» puedo ser yo sabedor, y lo soy, y el inmediato y primero que lo sé (como no puedo menos bajo mi punto de vista para toda la cuestión); pues «mis límites», que digo, me pertenecen formalmente, si lo son tales, a mí mismo, o son cosa mía. Además, «Yo en mis límites», no me entiendo pura y enteramente limitado, relativo puramente Al límite, donde yo sería, en el límite, otro que yo mismo un tercero de tal relación, y donde, entendiéndose el límite infinito tal (como respecto a Dios), yo caería todo en el límite, en la nada de mí, o sería como un supuesto subjetivo para caer—bajo el límite objetivo, pues me entiendo puramente limitado, esto es, por otro—en la nada de mí. «Al contrario, Yo en mis límites», (en tal mi forma) soy y quedo otra vez Yo mismo, y aun para el límite infinito—respecto a Dios—soy y quedo otra vez Yo »mismo. Esta es la verdad de conciencia. El sentido de «Yo en mis límites», no es, por tanto, pura y primeramente el de Yo limitado, »el puro relativo a otro contra mí, como el limitarte; sino que Yo en mis límites soy otra vez y me sé Yo mismo, y me sé en mis límites, o sé mis límites. Esta es la razón inmediata y cierta de mis límites »en mi como Yo... ..»

«No se niega por esto la razón de ser yo «limitado», ni el que »Yo sea yo mismo, y me muestre (en mi verdad) el inmediato y primero en «mis límites» (lo cual es lo inmediato que yo sé de mí en este concepto, no aún, en general, en límites, que es aquí una abstracción); no se niega esto ni nada, cuanto más que el concepto «límite» no es el concepto Yo (*ni lo sería sin contradicción*), y tomado ahora libre y absolutamente este concepto, dice relación entre dos términos en la forma de ser el uno con el otro. Sobre este sentido, desde mi puro punto de vista al rededor, cabe el otro término tanto «contra» como «sobre» como «bajo» mí (siendo otro término como suponemos), y cabe también límite infinito alrededor de mí. Mas de todo esto yo nada sé aun con razón cierta en la cosa; pero Yo como Yo me sé de ciencia en mis límites y sé mis límites, restando sólo reflejar de nuevo—remirar—en mí mismo (en mi unidad) en lo que queda—quizá infinito—sobre esta determinada reflexión, para conocer »derechamente la razón antedicha de Yo en «mis límites» como Yo »limitado», que cabe en el concepto y yo no niego, pero que no conozco aquí en la «cosa», (en su objeto o fundamento, como se dice.)»

Con razón *El Siglo Futuro*, comentando esos párrafos, dice en el mismo número: «Se trata de doctores de verdad, aunque no de la verdad, ni del sentido común, ni de nada que a eso se perezca....»

inductivo, y devuelva la preeminencia, en materias de verdad, a los principios sólidos y verdaderos, que la filosofía escolástico-cristiana poseyó, y guarda todavía hoy, para no perderse y zozobrar en el laberinto de las ciencias.

No es, señores, no, el método experimental el origen más abundoso y bello de la verdad. No es de él de quien reciben las ciencias su fragancia y lozanía, su hermosura y sus encantos.

En los archivos del saber hay algo más que esa observación minuciosa, esa enumeración detallada de experimentos, de agentes y de fuerzas, de combinaciones y de fórmulas, de productos y aplicaciones. Bueno es todo eso, muy bueno, como hecho y realizado por Dios, y descubierto por el estudio y atención del hombre, mediante la inteligencia, que es imagen de Dios. Pero dividamos, señores, para que haya claridad.

Las ciencias en su más genérica acepción, clasifican en metafísicas, matemáticas y físicas. Las primeras versan sobre cosas completamente inmateriales; las segundas, tratan de cosas materiales, pero insensibles, esto es, que prescinden de los sentidos; y las últimas tienen por objetos cosas materiales, y sensibles, o que afectan a los sentidos. A la primera clase pertenecen la ontología, la cosmología general o trascendental, la teodicea, la ciencia de los espíritus; a la segunda clase pertenecen las matemáticas; y a la tercera, las ciencias propias de observación, la física experimental, química moderna, historia natural con sus diferentes ramas, meteorología y astronomía.

Ahora bien, señores: proceder por inducción es observar «el mayor número posible de hechos o casos, para venir a establecer como regla o verdad general lo que en todos ellos se verifica uniformemente».⁽⁹⁴⁾ Empírico es «el que se gobierna por sólo la práctica».⁽⁹⁵⁾ Y experimental es «lo que se funda en la experiencia o se sabe y alcanza por ella».⁽⁹⁶⁾ Aplicando estas nociones vulgares a la clasificación precedente, resulta que el celeberrimo método experimental-empírico-inductivo tiene muy poco que ver con las ciencias del primero y segundo género, y sólo reina, y triunfa como dueño del campo, y ‘señor que da el tono en las ciencias físicas.

Pero sabed, señores, y notadlo bien, porque aquí damos con la gran preocupación de nuestros tiempos; sabed, digo, señores, que ese dominio e imperio del susodicho método en las ciencias físicas, no ha de ser absoluto, tiránico, despótico; no ha de excluir la mirada hacia las luces, a los faros que iluminan dilatados horizontes, es decir, a los principios sólidos, verdaderos, universales de las ciencias.

⁽⁹⁴⁾ *Diccionario de la lengua castellana*, por la Academia Española. Edic. De 1869, pág. 431.

⁽⁹⁵⁾ *Idem*, pág. 302.

⁽⁹⁶⁾ *Idem*, pág. 348.

Al contrario: es de todo punto indispensable que los principios universales y necesarios, pertenecientes a un género determinado de verdades, fecundicen los hechos particulares que se hallan dentro del mismo género. Si no hay esa unión del elemento teórico y universal con el elemento experimental y singular, no hay ciencia. Tendremos una colección de hechos, más o menos numerosa; hechos fundados en la experiencia particular, y de mayor o menor utilidad material para el individuo; pero no habrá ciencia, mientras no examinemos esos datos experimentales a la luz de las ideas universales, mientras no coloquemos los hechos singulares y contingentes bajo la protección y amparo de los principios universales y necesarios.

La verdad de lo que acabo de exponer se comprende a poco que se medite sobre el particular. No es la suma de datos la arteria más rica que lleva la verdad y la vida a las ciencias experimentales. La verdad de esta proposición, por ejemplo: los diámetros de un círculo son iguales, no recibe su fuerza precisamente de la inducción; pues que siendo una verdad universal, necesitaríamos, para adquirir completa certeza sobre ella, examinar todos los diámetros y todos los círculos, lo cual es imposible; sino que recibe su fuerza de la idea que tenemos del círculo y de la idea que tenemos del diámetro; conocida la naturaleza del círculo y la naturaleza del diámetro, comprendemos que han de ser por necesidad iguales todos los diámetros de un círculo.

Y ved, señores, cómo se limita el horizonte del saber, y se perjudica al progreso científico, dando una importancia excesiva al método experimental, y cortando la comunicación de los hechos singulares y contingentes con las verdades universales y necesarias. Como la enumeración de los datos experimentales sea tan penosa y difícil y, si se trata de una enumeración completa, imposible; si nos aislamos de los principios científicos, si cortamos la comunicación entre los hechos contingentes y las verdades necesarias, la ciencia se evapora, el entendimiento se desvanece, y el alma cae sumida en el más profundo desaliento.

Y he aquí, señores, el medio infalible para conocer la mayor o menor firmeza, y la mayor o menor dosis de ciencia, que puede haber en cualquiera de las llamadas ciencias físicas y naturales. Cuanto mayor sea el caudal de principios universales y necesarios, y cuanto más fuerte y más evidente sea el enlace del elemento experimental, del elemento singular y contingente, con esos principios, tanto mayor será la firmeza de una ciencia, tanto más abundante será la dosis de ciencia contenida en un conjunto cualquiera de conocimientos experimentales. Sin embargo, y esto es bien claro, como no hay ninguna ciencia experimental que pueda prescindir de los hechos contingentes, que son para esas ciencias lo que el manantial es para el arroyo, no hay tampoco ninguna ciencia experimental completamente libre y depurada del elemento que podemos llamar científico-negativo. De manera que una solícita y

atinada observación, gran número de principios o verdades universales y necesarias, y enlace firme y manifiesto entre la observación y los principios, entre el elemento empírico y el analítico, dan por magnífico resultado una ciencia experimental lozana y hermosa.

Y ved asimismo, señores, cómo, sin pensarlo ni quererlo, hallamos en nuestro camino a la primera entre las ciencias filosóficas, la metafísica, que extiende sus dominios por todas las regiones del saber, y que, comparada con las otras ciencias filosóficas, es como una reina entre las damas de su corte. Reina, a cuyos pies se postran los genios todos de la humanidad, y cuya inspiración han solicitado siempre los hombres eminentemente pensadores, para marchar con paso firme por cualquiera ramo de la ciencia. Por que si, como habéis visto fintes, tina ciencia, cualquiera que ésta sea, recibe su robustez, y su vida de los principios universales y necesarios, la ciencia que guarda la llave de todo lo universal y todo lo necesario, tendrá en su mano la base y fundamento de todos los principios, y será la primera, y principal, y más noble entre todas las ciencias; será, señores, lo que es la luz del sol con relación a los cuerpos que reflejan esa luz; será como un centro inmenso de calórico, que comunica el calor a los otros cuerpos; o como agente motor de primer orden, que pone en movimiento a una infinidad de agentes; o como un precioso foco de luz, que esparce sus rayos de oro por un horizonte sin fin.⁽⁹⁷⁾

Pláceme, señores, llamar vuestra reflexiva consideración sobre el camino que vamos siguiendo, y sobre el punto de longitud y latitud, o la altura, en que nos encontramos.

Estamos verificando una ascensión científica, que honra sobremanera vuestra

⁽⁹⁷⁾ Con razón decía el P. Félix a su auditorio de París: «Es un error creer que la metafísica es una ciencia inaccesible a la mayor parte de los espíritus, y que viene a ser como una esfera colocada fuera del alcance del sentido común. La verdadera metafísica es clara y sencilla como el buen sentido popular; es ese mismo buen sentido, que se refleja en todos los puntos culminantes del conocimiento, para difundir sobre el mundo de las inteligencias una especie de luz matinal.» *Conferencias*. París. 1865. 2. ^a—Todo lo cual se confirma y justifica con las siguientes palabras de la Encíclica *Aterni Patris* antes citada: «Aun las ciencias físicas que son hoy tan apreciadas y excitan singular admiración con tantos y tan maravillosos inventos, no recibirán perjuicio alguno con la restauración de la filosofía antigua, sino que, al contrario, recibirán grande auxilio. Pues para el fructuoso ejercicio e incremento de aquellas, no solamente se han de considerar los hechos y se ha de contemplar la naturaleza, sino que de los hechos se ha de subir más alto, y se ha de trabajar ingeniosamente, para conocer la esencia de las cosas corpóreas, para investigar las leyes a que obedecen, y los principios de donde proceden su orden y unidad en la variedad, y la mutua afinidad en la diversidad. Para cuyas investigaciones es admirable cuanta fuerza, luz y auxilio ha de dar la filosofía escolástica, si se enseña con un sabio método»

«Los que unen el estudio de la filosofía con la obediencia a la fe cristiana, filosofan muy bien, supuesto que el esplendor de las divinas verdades, recibido en el alma, auxilia la inteligencia, a la cual no quita nada de su dignidad, sino que la añade muchísima nobleza, penetración y energía.»

atención, y justifica el sacrificio que os habéis impuesto, tomándoos la molestia de escucharme.

Comenzamos la primera parte de este discurso con el venerando y sublime nombre de Dios, porque vimos que era la clave de la bóveda que cierra el edificio de la verdad. Examinando la verdad en todas sus fases y variantes, hemos encontrado que sin Dios nada se explica: que el decir de nuestras palabras es un vano decir, un sonido hueco y vacío de sentido, si no expresa la verdad de nuestras ideas; que el hombre no podría encontrar o adquirir la verdad, si el autor de todo lo criado no hubiera estampado en nuestra alma, una luz, imagen y reflejo de la luz de Dios; y además que la verdad de nuestras ideas es una ilusión, si no se conforma en todo con la realidad, o entidad, o verdad de las cosas. Y como esas cosas, dada su contingencia, que es indudable, no pueden explicarse por sí mismas, hemos tenido que buscar su solución, la solución de su realidad, de su entidad, de su verdad, en Dios; y esto, señores, no por pura cavilación o sutileza vana, sino por absoluta e ineludible necesidad científica: porque si las cosas contingentes no se explican por sí solas, y fuera de ellas no hay más que Dios y la nada, hay que ampararse con humildad en la idea de Dios, so pena de asentar en el vacío el grandioso y encantador edificio de la verdad; so pena de negar la razón de ser de las cosas, y zozobrar, y finalmente perecer, con nuestra ilustración y nuestras luces, en el caos, en las tinieblas, en la nada.

Y ved, señores, cuán perfectamente se unen el principio y el fin de este mi pobre discurso. Principiamos con el sacrosanto nombre de Dios, y de su Verbo o Palabra que es su Hijo, y hemos de terminar con el mismo nombre y con la misma Palabra, que es la expresión de toda verdad.

Os decía hace un momento que los principios universales y necesarios son los manantiales purísimos de verdad, que en su carrera sin fin vivifican todo el ameno campo de la ciencia. Y ahora, señores, que estamos, por decirlo así, liquidando, me complazco en preguntaros: ¿qué es lo que contienen, y de dónde proceden esos principios?

Contienen, ya lo sabéis, las relaciones esenciales, necesarias, inmutables de los seres; son como un espejo puro y sin mancha, en que se retratan las ideas divinas, ideas que representan las esencias de las cosas con sus propiedades y perfecciones; son un traslado fiel y exacto de la verdad que está en el entendimiento de Dios; perfectamente inmutables en sí, e infalibles, como es inmutable e infalible la verdad que está en Dios; son una brillante copia que el dedo poderoso de Dios graba en nuestra mente, acerca de las relaciones eternas, necesarias e inmutables, que ve Dios en su esencia, al mirarla como imitable por las criaturas.

Esos magníficos y copiosos raudales de verdad traen su origen, ya lo veis, de la misma esencia de Dios; y tomando nosotros la verdad en esas fuentes, estamos en disposición de juzgar acerca de las otras verdades inferiores, y menos universales, y particulares; podemos asimismo dar un valor casi infinito a la observación, a la experiencia sobre las cosas singulares, a todo aquello que está dentro del método experimental-empírico-inductivo.

Si combinamos esa observación, esa experiencia, con una abstracción prudente y con una reflexión atinada; si comparamos unas observaciones con otras, unas verdades particulares con otras, unos datos con otros; si a la luz que despiden los principios necesarios, vamos formando juicios rectos y perfectos raciocinios, llegaremos como por encanto a la posesión de descubrimientos portentosos, y tendremos en nuestras manos joyas preciosas, brillantes inapreciables, tesoros de un valor casi infinito, es decir, verdades dignas de obtener puesto de honor en la serie, ya muy larga, de adelantos científicos. Así ha sucedido siempre con todos los genios y con los grandes talentos, honra y prez de la mísera humanidad: atraídos sin cesar por lo infinito, esos hombres privilegiados marchan, sin poderlo remediar, hacia el centro del saber, que es Dios; y si por un instante fijan la vista en cosas singulares y contingentes, vuelan al momento hacia lo universal, que es lo necesario; y desde allí, con indecible placer, dominan la inmensidad de la llanura, y las suaves ondulaciones de los valles, el silencioso manar de las fuentes, el ruido majestuoso de los ríos, el imponente bramar de la cascada, y hasta el hervor horroroso del volcán en las entrañas de la tierra.

Siendo esos principios universales y necesarios, proceden, como es claro, del único ser necesario, que es Dios; porque ya dijimos en un principio que sólo Dios es necesario, y todo fuera de Dios es contingente. Y como sin necesidad no hay principios, y sin principios no hay ciencia, ni verdad perfecta,⁽⁹⁸⁾ Dios, origen de los principios necesarios es el origen de la verdad; de Dios viene toda ciencia, teórica o práctica, psicológica o moral.⁽⁹⁹⁾

Por medio de esos principios juzgamos de cualquiera verdad. Ellos contienen y expresan las relaciones esenciales y fundamentales de las cosas, según que están contenidas y representadas en las ideas divinas. De manera que cuando juzgamos de la verdad de las cosas según esos principios, sobre todo según los más elevados,

⁽⁹⁸⁾ «Non potest esse simpliciter vera scientia, si desit recta æstimatio de primo et indemonstrabili principio. » S. THOM. 2. a 2. æ, q. 23, 7. °, ad 2. m

⁽⁹⁹⁾ «Non potest esse vera justitia, si desit ordinatio debita ad finem, quæ est per charitatem.» Ibidem.—«Sicut autem omne iudicium rationis speculativæ procedit a naturali cognitione primorum principiorum, ita etiam, omne iudicium rationis practicæ procedit ex quibusdam principiis naturaliter cognitis, ex quibus diversimode procedi potest ad iudicandum de diversis.» Ibidem. 1. a 2. æ q. 100, 1. °

sublimes, universales y necesarios, puede asegurarse que juzgamos de la verdad de las cosas al tenor de las ideas divinas y de la Primera Verdad que es Dios. Y así, aunque no vemos los objetos en Dios, como suponía Malebranche, podemos afirmar con S. Agustín que la verdad es mayor que nuestra alma, y que nosotros formamos juicio de las cosas, según la Primera Verdad; como quiera que las grandes verdades que poseemos, los primeros principios, expresan fielmente las relaciones esenciales de las cosas, son representaciones de las ideas divinas, y ejemplares o copias de la verdad que hay en el entendimiento de Dios.⁽¹⁰⁰⁾

Voy a concluir, señores.

Durante este discurso, hemos contemplado la verdad on su origen, y en sus corrientes más puras, más cristalinas y más hermosas. He tenido el placer, y me he impuesto la obligación de elevaros a este altísimo punto de vista, porque me parecía indigno de vuestra ilustración y de vuestra sabiduría molestaros en asuntos de menor entidad.⁽¹⁰¹⁾

Además: uno de los males gravísimos de nuestros tiempos es la costumbre de tratar las cuestiones en detalle, y de una manera superficial, prescindiendo de las relaciones que tienen unas cuestiones con otras, y todas con los principios universales y fundamentales de las ciencias: por eso se pierde tanto tiempo en disertaciones inútiles, y en discursos y polémicas casi completamente estériles.

De ahí proceden muchos males; y entre otros, vaguedad y confusión en los conceptos, escasa fe en las doctrinas que se defienden, la consiguiente facilidad con que se pasa de unas filas a otras, de una a otra escuela, la ilusión en que caen muchos de ser unos sabios en cuanto logran llenar algunas cuartillas o escribir un folleto

⁽¹⁰⁰⁾ «A veritate intellectus divini exemplariter procedit in inteilectum nostrum veritas primorum principiorum, secundum quam de omnibus judicamus.» S. THOM. *de Veritate*, q. 1. ^a, art. 8. °--«Anima judicat de rebus omnibus secundum Veritatem Primam, in quantum resultat in ea sicut in speculo secundum prima intelligibilia.» S. THOM. *Sum. Theol.* 1, ^a part., q. 16, 6. °

«Omnis enim cognitio veritatis est quædam irradiatio et participatio legis æternæ, quæ est veritas incommutabilis.» Idem 1. ^a 2. ^æ, q. 93, 2. °

⁽¹⁰¹⁾ «Dicitur sapiens in unoquoque genere, qui novit altissimam causam illius generis, per quam potest de omnibus judicare; simpliciter autem sapiens dicitur, qui novit altissimam causam simpliciter, scilicet Deum.» S. THOM. *Sum. Theol.* 2. ^a 2. ^æ, q. 9. ^a, 2. ° —«En verdad que los problemas de la inteligencia no pueden resolverse cumplidamente sino encumbrándose a tanta altura. Para conocer al entendimiento humano, no basta seguir los pasos de la humana razón; es necesario proponerse además el problema general de la inteligencia misma, ora se limite como la nuestra a flacas vislumbres, ora se dilate por las regiones de la infinidad en un piélagos de luz. Las sublimes palabras con que S. Juan comienza su Evangelio, encierran, a más de la verdad augusta enseñada por la inspiración divina, doctrinas trascendentales, que aun miradas bajo un punto de vista meramente filosófico, son de una importancia mayor de la que encontrarse pudiera en las palabras de ningún hombre.» BALMES *Fil. Fund. lib.* 1. ° cap. 3o.

o libro de un volumen regular; y sobre todo, y esto es lo más grave y perjudicial, la facilidad que eso proporciona al error para abrirse paso en todas direcciones: desorientadas como están las inteligencias por falta de fijeza en los puntos cardinales, basta colocar un reclamo seductor, por ejemplo el uso de voces que formen un conjunto halagüeño, fascinador y atractivo, y se logra conducir donde se quiere a la juventud incauta e inexperta, y aun a los sabios más estudiosos y avezados, si no están bien aferrados al áncora de los principios.

Es necesario combatir a todo trance ese mal. Es indispensable dar al entendimiento alimentación sólida y verdaderamente nutritiva y científica; de lo contrario, paréceme que nosotros, o los que han de venir en pos de nosotros, corremos inminente peligro de caer primeramente en lo que pudiera denominarse inapetencia intelectual, adormecernos despues en un letargo soporífero y glacial, y sucumbir al fin, entre horribles convulsiones filosóficas, sociales y políticas, víctimas de un escepticismo necio, desesperante y desgarrador.

Nuestro siglo es menos materialista que el siglo XVIII, en el sentido de que gusta, más que el siglo anterior, de las cuestiones trascendentales de la filosofía, y de engolfarse con ella en las regiones del espíritu; pero, señores, sin brújula no se puede navegar, y sin rumbo bien trazado es temerario internarse en alta mar: los principios van marcando perfectamente la ruta que se ha de seguir en cualesquiera cuestiones, y avisan fielmente y con seguridad la dirección pie debe tomar el entendimiento para llegar sin percances a las playas de la verdad.⁽¹⁰²⁾

Por último, en la sed de progreso que atormenta el corazón, y seca los labios de los hombres de nuestro siglo, paréceme hacer un bien, contribuyendo, en mi

⁽¹⁰²⁾ «Estoy profundamente convencido de que los sistemas más funestos en filosofía, nacen en buena parte de la confusión de las ideas; de la superficialidad con que se examinan los puntos más fundamentales de la ontología, ideología y psicología. Mi idea dominante en la presente obra, es prevenir este daño; por cuya razón me extendo tanto en la parte de *filosofía fundamental*, prescindiendo, en cuanto me es posible, de las cuestiones secundarias. Estas se resuelven por sí mismas y bien, cuando se tiene un conocimiento claro y exacto de las ideas fundamentales de la esencia humana.» BALMES. *Fil. Fund.* lib. 9.º cap. 21. — Y en la nota primera sobre el lib. 8.º de la misma obra, hablando de lo infinito, que tiene suma afinidad con la idea capital de este discurso, dice así: «Quizás no faltarán algunos lectores poco versados en la historia de la filosofía, a quienes parezca que me he extendido demasiado en la explicación de la idea de lo infinito, considerando estas cuestiones en la clase de aquellas que sirven más bien para sutilizar, que para adquirir conocimientos sólidos. Este es un error de mucha gravedad. En todos tiempos han ocupado un lugar preferente entre las cuestiones filosóficas, las que versan sobre la idea de lo infinito; y en nuestra época, apenas hay ninguna que deba merecer más atención, si se quieren atajar los progresos del panteísmo. No me cansaré de repetir que muchos errores gravísimos dimanar de confusión en las ideas fundamentales; para quien esté bien radicado en el conocimiento de éstas, dejarán de ser peligrosas ciertas obras, cuyo secreto, para extraviar, consiste o en emplear palabras incomprensibles, o en dar falsas acepciones a las que se pueden comprender. Como quiera, los que creyeran que aquí sólo se trata de cavilaciones escolásticas, recuerden que deberán tener por caviladores a los metafísicos más eminentes antiguos y modernos.»

pequeñez, a señalar el camino del progreso verdadero. Como habéis visto, os he presentado la verdad tan ancha y tan profunda, que nunca jamás la podréis agotar.⁽¹⁰³⁾

Pero esa misma grandeza e inmensidad de la verdad nos obliga a mirarla con veneración, y a saludarla con respetuoso temor; y nos debe hacer cautos, sobrios y prudentes en el saber.

Seremos cautos, si en nuestras investigaciones científicas tenemos siempre a mano la antorcha de los principios universales y necesarios; y si, además, seguimos las huellas del Doctor de Aquino, quien, según expresión de Su Santidad León XIII, «vió las conclusiones filosóficas en las esencias y en los principios mismos de las cosas, que son grandemente trascendentales, y encierran como en su seno las semillas de casi infinitas verdades;» y por haber «empleado este método de filosofar en la refutación de los errores, consiguió deshacer el sólo los errores de los tiempos pasados, y suministrar armas invencibles para refutar los que perpetuamente surgirían en los siglos venideros».⁽¹⁰⁴⁾ En Santo Tomás encontraremos, señores, un consejero, un maestro y un guía; y en los principios eternos de verdad la palabra sincera, veraz y racional, imitación de la Palabra de Dios, que es su Hijo.⁽¹⁰⁵⁾

Seremos sobrios en el saber, si estando, como debemos estar, satisfechos, por tener en Dios, que es la Primera Verdad, y en los principios científicos, imitación del Verbo o Palabra Eterna, la clave de una infinidad de cuestiones, nos detenemos respetuosos en los confines del misterio, de lo incomprensible, y de aquello que no tiene solución distinta de sí mismo; porque no puede ser explicado por ninguna otra cosa.⁽¹⁰⁶⁾

⁽¹⁰³⁾ «Veritatis ratio tam ampla, tamque profunda est, ut a mortalibus nequeat exhaustiri.» S. ANSELM. Citad por el P. ZEF. Historia *de la Fil.*, tom. 2.º, pág. 132.

⁽¹⁰⁴⁾ Enciclica *Aeterni Patris*. 4 de Agosto de 1879.

⁽¹⁰⁵⁾ «Ante omnia opera verbum verax præcedat te, et ante omnem actum consilium stabile.» ECCLI. cap. 37, v. 20.

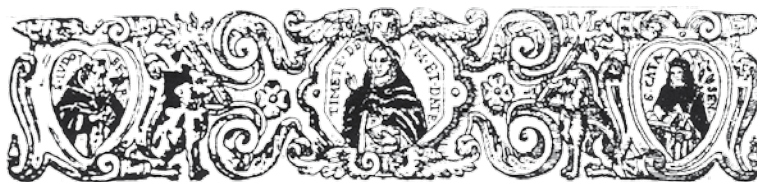
⁽¹⁰⁶⁾ «En los conocimientos de todo orden, aun los más exactos como las matemáticas, que tienen por objeto lo finito, las cosas no se explican en definitiva sino por cosas que no se explican; que la propiedad de estas cosas que explican las otras es el de ser ellas mismas inexplicables, y de ser por consiguiente tanto más inexplicables cuanto son más explicativas; y que la cosa mas explicativa de todas, la que lo explica todo, Dios, es una cosa que nada puede explicar.—Y ¿por qué así?—Porque lo infinito sólo puede explicar lo finito, y que es propio de lo infinito el ser inexplicable. La explicación descende de lo infinito a lo finito, pero no remonta.—Y ¿por qué así, otra vez?— Porque las cosas no pueden explicarse sino por *medio* de otras cosas que les son anteriores o superiores, como la palabra por *medio o según* usada en todas las explicaciones, lo indica; y que la cosa que nada tiene que le sea anterior ni superior, no puede por consiguiente ser explicada *según* nada, ni por medio de nada; y más particularmente, porque lo Infinito es el Arquetipo de lo finito, el cual, siendo hecho según este Arquetipo, se refiere a él y recibe de él la explicación de su existencia, porque de él ha recibido esta existencia misma. La imagen se explica por medio del original; pero el original mismo, el Arquetipo, el Infinito, ¿quién lo explicará?, *Quis videbit eum, et enarrabit?* (ECCLI. cap. 43, v. 35.) Tanto valiera preguntar ¿Quién lo ha hecho?

Es aquel que es: he aquí su definición tanto en sus operaciones como en su esencia. ¿Quién

Finalmente, seremos, sobre todo, prudentes, si en nuestras dudas, en la oscuridad que envuelve a los míseros mortales, en los eclipses que padecen todas las inteligencias, en esas noches lúgubres y tristes que sorprenden al hombre de estudio en lo mejor de su carrera, llamamos a las puertas del Catolicismo, y nos refugiarnos en ese adorable santuario de la más pura y rica verdad, e imploramos humildes la enseñanza de Jesucristo, que es el Verbo de Dios hecho carne, y que entregó a su esposa, la Iglesia, la llave de la puerta misteriosa, por donde se pasa con entera seguridad, de lo finito al Ser Infinito, de lo contingente al Ser Necesario, de la verdad particular y aislada a la Primera Verdad, al Océano glorioso y sempiterno de donde sale y a donde vuelve toda verdad.

Y sea ésta la última palabra que yo pronuncie, y el último suspiro de mi voz, en este momento para mí tan honroso; y sea también el punto céntrico de nuestras miradas, y el lazo que una fuerte y amistosamente nuestras inteligencias, destellos de la inteligencia de Dios: Jesucristo es «el Santo, el Verdadero, que tiene la llave de David, que abre y nadie cierra, que cierra y nadie abre:» — «Uno es el Altísimo, Criador omnipotente, y rey poderoso, y muy digno de ser temido, sentado sobre su trono, y rey que domina».⁽¹⁰⁷⁾

He dicho.



explicará racionalmente el mundo sin la creación, sin Dios? Más ¿quién explicará la creación, quien explicará a Dios? ¿Quién explicará el mundo moral y social, quién explicará el hombre y la humanidad sin Jesucristo, sin la solución que da la Encarnación del Verbo? Más ¿quién explicará esta Encarnación, quién explicará a Jesucristo? Esto ni es posible, ni debe naturalmente ser posible. Pero si nada explica lo Infinito y sus operaciones, todo le prueba, todo le rinde testimonio, el testimonio que el problema rinde a su solución. La verdad sola, en efecto, puede explicar la verdad. En este sentido, lo que escapa y debe escapar a la explicación en la verdad infinita se halla en que ella misma da la explicación de las verdades finitas; pues no puede darse sino lo que se tiene.» AUGUSTO NICHOLAS. *Del Protestantismo*. lib. 2.º cap. 5.º

«La sobriedad es tan necesaria al espíritu para sus adelantos como al cuerpo para su salud; no hay sabiduría sin prudencia, no hay filosofía sin cordura. Existe en el fondo de nuestra alma una luz divina que nos conduce con admirable acierto, si no nos obstinamos en apagarla; su resplandor nos guía, y en llegando al límite de la ciencia nos le muestra, haciéndonos leer con claros caracteres la palabra *basta*. No vayáis más allá; quien lo ha escrito es el Autor de todos los seres, el que ha establecido las leyes que rigen al espíritu como al cuerpo, y que contiene en su esencia infinita la última razón de todo.» BALMES. *Fil. Fund.* lib. I.º cap. 2.º

⁽¹⁰⁷⁾ «Sanctus et Verus, qui habet clavem David: qui aperit, et nemo claudit: claudit, et nemo aperit.» APOCAL. Cap. 3.º, v.7. — «Unus est altissimus creator omnipotens, et rex potens, et metuendus nimis, sedens super thronum illius et dominans Deus.» ECCLI. Cap. I.º, v. 8.º